

The background is composed of several overlapping geometric shapes. At the top is a large downward-pointing triangle with a pink halftone dot pattern. Below it is a teal triangle with a smaller halftone dot pattern. To the right is a solid orange triangle. At the bottom is a yellow triangle with a dark olive green triangle below it, which has a white dotted halftone pattern. A dashed black line separates the pink and teal triangles, and another dotted white line separates the yellow and olive green triangles.

**TEATRO
DE JORGE
HUERTAS**

TEATRO de
Jorge **HUERTAS**

Huertas, Jorge

Teatro de Jorge Huertas / Jorge Huertas ; Compilación de Teresita María Victoria Fuentes. - 1a ed - Tandil : Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-658-625-6

1. Teatro. 2. Docentes. 3. Alumnos. I. Fuentes, Teresita María Victoria, comp. II. Título.

CDD 791.092

Facultad de Arte

Lic. Daniela Ferrari	Decana
Mg. Claudia Castro	Vicedecana
Prof. Julio Cicopiedi	Secretario General
Dra. Julia Lavatelli	Secretaria Académica
Mg. Martín Rosso	Secretario de Investigación y Posgrado
Prof. Sofía Cheves	Secretaria de Extensión

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires
Facultad de Arte

9 de Julio 430 / Pinto 399 3° piso – Tel 54 (0249) 422063 – 4440631
www.arte.unicen.edu.ar / Código postal: 7000 - Tandil
Buenos Aires - Argentina

TEATRO de
Jorge **HUERTAS**



**COLECCIÓN
Dramaturgias**

Director: Mauricio Kartun

Coordinadora: Teresita María Victoria Fuentes

**Coordinación Editorial:
Aníbal Minnucci y Claudia C. Speranza**

Diseño de tapa: Alicia Cavallieri

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723



© mayo de 2024



UNICEN

Universidad Nacional del Centro
de la Provincia de Buenos Aires

Índice

Prólogo de Roberto Aguirre	7
Prólogo de María Negro	10
Agradecimientos	15
OBRAS BREVES:	
<i>Todos tus huesos</i>	17
<i>Crac!</i>	35
<i>Satori, mi reino</i>	49
<i>Sonámbula</i>	61
<i>OCCIDENTE, una versión de Edipo Rey</i>	79

Prólogo de Roberto Aguirre

“Como quisiera vivir en épocas más suaves”
Una pasión sudamericana de Ricardo Monti

Jorge Horacio Huertas, vecino de Vicente López, lector desmesurado, buscador del fenómeno teatral en sus textos, escritor de sueños, de locuras, de dramas épicos; analista social, psicólogo, dramaturgo, padre y amigo.

¿Cuántas historias tiene una persona en su imaginario? ¿Cuántas obras de teatro puede condensar un escritor en su vida?

La primera vez que lo vi entrar a un ensayo lo hizo tímida y calladamente aunque observando el mundo y sus matices. El motivo de su feroz mirada acerca de la humanidad en sus textos no nos será revelado. Lo que sí realmente ocurre con sus palabras es la desesperación de denunciar, de revelar, de confrontar, de gritar, de luchar. Sus textos, nacieron para ser corporizados. Sus sentencias, promesas, esperanzas, serán elevadas siempre que un cuerpo se quiebre en escena. La piedad no se manifiesta en su producción sino en su resolución.

Él hace que sus personajes agudicen los conflictos hasta un punto sin retorno: la muerte, la ruptura, el vacío, el llanto sin consuelo. Sus finales marcan el sello Jorge Huertas. Sus conocimientos acerca de diferentes saberes:

psicología, sociología, letras, religión, política, historia, literatura, marca la diferencia.

Cómo quisiera vivir en épocas más suaves es una línea de una obra de Ricardo Monti, el maestro de todos, y se ajusta a la catarata escénica de Huertas. Es argentino y en esta Argentina puede valorarse por el apego, el amor y la incansable búsqueda de la vida feliz, calma, tal vez en disonancia con esta tierra rebelde y aún con costuras pendientes.

Crac, Satori, Todos tus huesos, Occidente y **Sonámbula** son los textos que se incorporan a este volumen. Obras necesarias, comprometidas.

Crac, desde la primera lectura el imaginario desborda, también desde los personajes: El viejo, la Chinita y el Desierto. La historia se va develando en armónico caos y el mundo se trastoca. La Chinita, en su afanosa recuperación de la dignidad, se entrega a los avatares machistas. Cada frase, cada sugerencia, cada situación creada, conlleva una teatralidad desmedida que se agradece. Un texto abierto, condensado y absolutamente provocativo. Una obra para los tiempos universales del teatro. La insinuación de los sentidos, de las emociones y la cumbre de un dolor siempre sensible son patrones de una obra mensurable solo desde el saber, pero con el corazón en la mano.

Crac tiene la urgencia de aquellas obras donde el sufrimiento eterno choca con la recuperación de la dignidad. Es la salida hacia un teatro de convenciones, de alteración de tiem-

po y espacio, de cambio de géneros, de musitar el conflicto hasta que el cuchillo atravesase el desierto. Es el enfrentamiento entre la juventud esperanzada, aunque castigada y la vejez en su deseo de inmortalizarse en la carne de la vida.

Todos tus huesos es una falsa continuación o precuela de **Crac**. El viejo traidor ocupa el centro de la historia pero la chinita es otra, y también con ella todas las chinitas son las del mundo desértico que asoman en la historia para completar y revelar el mundo del bandido Vairoleto. En la saga se suman los delitos cometidos con el liderazgo del bandido rural. El detalle de las fechorías suma en la historia un sinfín de situaciones donde el riesgo de vida y la provocación de clase potencian la dramaticidad del hecho teatral. El mundo se está haciendo y en la pampa las estrellas, testigos invaluable de las proezas del bandido, indican el camino hacia la redención y el castigo.

Crac y **Todos tus huesos** son obras escritas para el Teatro. Fueron escritas para chocar con las convenciones de la vida y la ficción.

Satori es una obra de Jorge nacida a partir de una anécdota pequeña pero jugosa y que valió el susto y la poesía. **Satori**, en japonés, significa "iluminación". Iluminación es, precisamente, lo que asoma en la obra y en la vida. Norberto Barruti, director y profesor de teatro radicado en La Plata, contó una vez que un preso en el marco de las clases en la cárcel se acercó intimidatoriamente con el dedo como si

fuera una faca y –en broma– lo amenazó. Huertas recrea el después de ese encuentro y la discusión entre ambos nos lleva a una reflexión de vida. El arte es un castigo. La belleza es mortal. La revelación de la vida nos debilita. La búsqueda del amor también nos torna vulnerables. ¿Qué significa que la belleza inunde nuestra vida?

Satori, en la primera lectura se hace esquivada, en la segunda se torna sentenciosa, podríamos decir que es recién en la tercera que se produce la revelación. Solamente puede ser transmitida a través de los cuerpos de los actores. **Satori** es la vía del conocimiento. En pequeña escala lastima porque uno se encuentra con el precipicio y no ve la salida solo ve el dolor de ya no ser. ¿El Arte cura o enferma?

Occidente es nuestro Edipo Argentino. Lamentable, rancio, doloroso, pero nuestro. Reconocible en cada escena y comparable en cada zona del conurbano o en la Argentina subterránea. Los personajes atemporales, y al mismo tiempo de este siglo, chocan y confluyen en el mito. La peste ocurre y la Esfinge ignora la respuesta. Nosotros, mientras avanza la obra, tampoco sabemos del futuro. **Occidente** es una guía para el fracaso universal. Seguimos cometiendo los mismos errores y el tiempo no se detiene. La fragilidad de la raza nos interpela y no tenemos respuestas. Antígona se toma una selfie, y en ella aparece Tebas.

Sonámbula tiene otro registro. Es una pieza de inmediatez. Es una dramaturgia de ur-

gencia. Contiene los ingredientes para asombrar, educar, castigar, juzgar, si bien su frescura en tiempo y espacio la torna necesaria. En el devenir de la pieza podremos mirarla a través del marxismo, del catolicismo, del neoliberalismo o tal vez desde la perspectiva policial. Es, una vez más, un juicio y un castigo. Está en juego la venganza, solo empuñada con el sufrimiento de clase, y la energía de los pobres. Educación.

En este hermoso e insaciable país la búsqueda de la certidumbre, nos lleva la vida y algunos con su arte marcan los espacios para la siembra.

Jorge Horacio Huertas ha sellado su destino sudamericano y su obra escrita quedará para los que nos sucedan.

Prólogo de María Negro

“Esta escena da vueltas hace siglos pero no todos la ven y mucho menos la entienden.”

Jorge Huertas - *Occidente*

Toda selección no puede evitar su condición arbitraria. El arbitrio que contiene esta antología del escritor, director y dramaturgo Jorge Huertas aparece como un cuenco de tierra y agua. Un amasijo primigenio del que luego, con el soplo de vida, nacerán los hombres y mujeres que poblarán las tierras de estas cinco obras teatrales. No se trata de crear un mundo por el hecho de poder hacerlo. El mundo está acá, somos en él de formas cada vez más extrañas. Y el teatro de amable y sublevado barro muestra su color, su piedra pulida por el río, se asoma a la ventana de Barletta o Arlt recuperándonos la tradición del Teatro del Pueblo construido sobre la piedra de la herejía, contador del hombre y la mujer desde la altura de sus ojos, sin juicios; ahí donde viven los monstruos que tienen nuestra cara y nuestro nombre, aunque convivan sin ser reconocidos:

La traición, la venganza, la justicia.

La presencia total, curiosa hada que reclama el convivio, aparece detrás de la traducción literal del término zen *Satori*. No hay compren-

sión sin presencia total para el Satori, y así lo transitan Norberto y Facundo, un profesor de teatro y un hombre privado de su libertad.

“Todos los artistas son putos y el teatro es una mierda”, dice Facundo, alzando la muralla que se aferra a las escasas y confusas formas de la entereza en el espacio donde la fragilidad es un delito imperdonable. *Todo es oscuro en la tumba,* nos recuerda la voz del personaje. Y es desde esa oscuridad que se puede hacer perceptible el peligro, el horror, la desesperación de –y por– la luz.

La presencia de una madre o un profesor de teatro pueden cumplir condiciones simétricas en una cárcel, así como el peso de una Biblia puede encontrar comparaciones con Macbeth, y habilitar con eso la imperdonable emoción de comprender que el mundo es un lugar donde la sangre chorrea desde los libros y desde las manos de Facundo, pero también el espacio de la belleza, de la emoción, y eso –en las indiscutibles palabras del personaje– es peor que una picana.

¿Habrà siempre tiempo para la belleza? ¿Qué responsabilidad carga la varita mágica que despierta la fragilidad? ¿Vamos hacia el otro con nuestra nobleza o con nuestro ego? ¿Qué carta limpia se juega en la solidaridad? ¿La empatía o el íntimo placer de sentirnos un-gidos y sagrados haciendo “el bien”?

Damos a nuestros monstruos el rostro que necesitamos. Construimos para ellos una ingeniería de leyes, oficinas, presupuestos, un láti-

go extenso, generoso; jaulas con envidiables sistemas de tortura que garantizan su buen funcionamiento. Sembramos heces secas de atávicas para correr, despavoridos, de sus frutos.

El *Satori* de Facundo roba ahora hojas de un libro (edición de Aguilar, para que sienta dolor nuestra biblioteca) con la desesperación del hambre que reclama Artaud, con la fuerza sagrada que –comprende– se esconde detrás del “inglés”: “*Asesinatos, robos, traiciones, violaciones, mentiras, crueldad contra los débiles: igual que en los pabellones de este penal. ¡Aguante el inglés, escritor de los presos!*”

Macbeth o Martín Fierro, Inglaterra o La Pampa, si al menos existiese un solo infierno, podríamos circunscribirlo en espacio o en tiempo.

La traición, la venganza, la justicia.

Dentro de *Todos tus huesos* y *¡Crac!*, subyace la figura de Vairoletto (con su V, así nombrado en las actas policiales) como un eje sobre el cual las obras funden su poética: la traición y sus formas, la traición y sus reacciones, la traición como acción que carga en sí misma el castigo.

En *Todos tus huesos*, el ejercicio poético nos brinda las voces de Silveiro, Juan y La Chinita no desde el orden del pensamiento sino desde el ejercicio de recuperación sagrada del hombre, de la acción y su circunstancia. La naturalidad con la que nos aferramos a la propiedad privada, al acto de poseer, es escandalizada

por aquellos que rompen esa norma. Las letanías hacia Juan Bautista acceden al santuario hereje de aquel que clama por el amparo ante la ruptura de las leyes. Lo sagrado no se rompe sino que incorpora la necesidad de aquellos que llevan el atrevimiento como posesión, en una tierra donde todo lo demás es carencia.

Y el "atrevimiento", el coraje de ir por fuera de la ley —construida para el amparo de crímenes consensuados dentro de ella— contiene la condena del que no está libre de abandonar: *"Vos no podés hacer lo que querés. Yo no te dejo. Los peones no te dejan, los pobres no te dejan. Los estancieros y los comerciantes no te van a dejar porque a ellos les robaste la plata"*.

Juan Bautista no tendrá otra libertad que un campo de estrellas que avanza en su alambrado; entregará, otra vez en la historia, su cabeza, ahora en forma de digno suicidio. Pero eso ya no importa, eso no es nutriente de La Chinita, de la tierra india revolcada en su mapudungún clamando a Chao. La traición se abre paso hacia el sur, corre en los afluentes de la historia hasta cargar con sus santos, Vairoleto, Fuentealba o Maldonado. Las largas espinas del tiempo.

La traición, la venganza, la justicia.

Es en ¡Crac! donde la figura del traidor se profundiza, porque ha roto al hombre respetado, al feroz como el viento, al que amó con la riqueza del mundo en el puño de su corazón, al que no se nombra más que para llorarlo desde que ha caído en la tierra. La Chinita y El Viejo

son, a su vez, inevitablemente los extremos de la vida. El hombre que ha cabalgado la historia a pelo de hembra, camina ahora la pampa seca y espinosa del cuerpo gastado. La Chinita, labrada en firmezas, aturdida de inocencia, comparte el devenir del andar. En ellos se erigirá la savia que comprime las pequeñas posibilidades de la verdad. ¿Cuál es el pecado que nos ahoga? ¿Con cuánta naturalidad seguiremos tragando la leche materna de la historia ordenada prolijamente en libros, sin sospechar?

La traición, la venganza, la justicia. Es en la dramaturgia que el tejido se observa en sus puntos. El dibujo total que aparece siempre frágil, siempre humano, siempre valiente.

De los barrotes mencionados, Huertas alza los cuerpos de Eleonora y Delia en *Sonámbula* como un paso de danza que ocurre sin cambiar de elemento. Nadie sabe lo que puede un cuerpo, aseguró Baruch Spinoza. La maternidad no ha malogrado, a fuerza de su condición histórica cotidiana, su esencia milagrosa. Es dentro de nuestros cuerpos que ocurre la vida. Semillas vueltas almácigo. Guardadoras del tiempo inmaduro, hechiceras de células. Y como la tierra, veremos a nuestros hijos salir al mundo, con orgullo, con terror, cumplida la labor, impotentes de algo más.

En tiempos de guerra, la vida se preserva, resignificada. Delia y Eleonora no comparten el mismo lugar desde el cual se observa el mundo. La distancia abismal de las clases sociales

les otorga ese privilegio. Y es en la maternidad donde el barro se subleva.

La traición, la venganza, la justicia.

El telar es preciso y constante.

La vida se preserva, resignificada. Como un río que empuja el tiempo, parece encontrar espacios nuevos donde se le construyen diques, pandemias, matanzas, bunkers. *Occidente* recupera la tragedia griega, se refunda sobre las ruinas de su barbarie. Edipo carga de cocaína su furia, Antígona cuenta con caracteres la estructura de su pensamiento, Yocasta vaga la orilla de un inevitable precipicio. Tiresias lleva la memoria en la piel, la que el tiempo no recogerá en los libros, la que debemos recuperar, la memoria de barro. Huertas abre pequeñas heridas en el texto donde deja pasar la historia viva. Ya no quedan oráculos, insiste Medusa, *"ahora somos lenguaje. Aire que sale por la boca y que nadie atrapa"*. Somos el lenguaje que nos aprisiona y nos libera, que nos confunde y nos ilumina. Hemos caído en la trampa de la palabra, y en ella somos pobres y ese, asegura Edipo, es el único pecado imperdonable.

La traición, la venganza, la justicia no son lenguaje.

"Esta escena da vueltas hace siglos pero no todos la ven y mucho menos la entienden", asegura el Abeja, un soldado en toda la posibilidad de la palabra, despabilándonos. La vigencia de la tragedia tampoco es lenguaje.

La traición, la venganza, la justicia; las frágiles formas de nuestras pasiones, la inquietante moral que nos abraza, la sensible forma del alma humana encuentra en la dramaturgia de Huertas un cuenco piadoso donde descansar sus tormentas. El barro húmedo y amable que calentó los huesos de nuestros antepasados sigue aquí, sanando en forma de teatro. Construye voces como personajes y los echa a andar.

Se sublevan nomas, porque no pueden evitarlo.

Deseo expresar mi agradecimiento:

A mi mamá y a mi papá.

A mis hijos Juan y Javier.

A mis maestros Roberto Durán, Roberto Páez y Ricardo Monti.

A María Eugenia Lanfranco.

A Roberto Aguirre, maestro y director del *Teatro de Repertorio*, quien dirigió varias de mis obras, y con quien comparto la pasión y el misterio de la escena. Nuestras entretenidas conversaciones me han enseñado mucho. Su prólogo es algo más que eso, es una mirada profunda sobre el teatro y la dramaturgia.

A María Negro, poeta exquisita y aguda crítica literaria, por haberme acompañado con uno de los prólogos. Su presencia honra este libro.

A los amigos y amigas que siempre me acompañan en cualquier aventura artística: Inés Campos y Hernán Haedo, Rudy Chernicof, Norberto Barruti, María José Campoamor, Rosina Crispo, Adela García, Sergio Lobo y Natalia Zingarelli.

Finalmente, quiero agradecer a Mauricio Kartun por haber sugerido a la UNICEN la publicación de este volumen. No sólo es un excelente dramaturgo sino también una persona generosa.

Marzo de 2024

TODOS TUS HUESOS

de Jorge Huertas

ELENCO

Jorge Ivaldi, Silvina Schroeder, Silvia Ruivo.

ARTE

Martín Hoffmann.

DIRECCIÓN

Roberto Aguirre

Estrenada en julio de 2023, en el **Teatro de Repertorio**, Florida, provincia de Buenos Aires.

Personajes:

Silverio.

Juan.

La Chinita.

Vaya a saber donde nací yo porque madre no
tuve.

Ni la precisé. Porque para las madres que he
visto, mejor es no haber tenido ninguna.

No una vez, sino varias, varias, vinieron las
hembritas

A prometerme el cielo.

Y yo el cielo quería

Un cielo de hembras

Un mundo de hembras

En la penumbra

En el único lugar donde se distinguen

Donde Se ven como a la luz del mediodía.

Desnudas

Jugosas

Abiertas

La propia yegua que se desprende del apero

Y se pone la rienda entre la boca y muerde el
fierro

Y en sus ojos redondos de animal

Busca el ocasional dueño

Y se queda con el blanco del sudor

Con el blanco del puñal

Con el blanco del talero

Que reniega de lonjazos

Cuando uno es joven

Cuando uno es fuerte
Y no le duelen, como a mí, todos los huesos.

YO, SOY LA SANGRE

Lo soy todo y nadie se atreva a tocarme con sus manos.

Soy la rosa roja viva, el alga fluorescente, la voz sin voz primera.

Soy la dama silenciosa que cuida todos los sueños. Menos los eternos. Cuando yo me alejo llueve el polvo y la ceniza. Cuando yo estoy existe el color, la sonrisa, los golpes de caderas o de puños.

¡Aquí, ante mí, de rodillas todos los cobardes! Para que pueda verlos con todos mis miles de ojos de los que soy capaz.

¡Aquí ante mí, los jugadores valientes que apuestan todo a la sombra liviana de una mujer o de una idea o de un sueño que es menos que las dos cosas juntas!

Que bailen los fanáticos, los sublimes, los excelsos y que beban las minúsculas rosas de cada copa que, como escanciadores persas, la razón les entrega.

¡Vengan dulces inquisidores, vengan honestos patriotas de todas las naciones! Vengan a la guerra donde nadie tiene razón y yo soy la única verdad jugosa.

Yo soy Abel dentro de cada cuerpo.

Y soy Caín, el hijo del desprecio, cuando se abre la carne y corro presurosa queriendo huir de la vida como quien huye de un lobo o de un feroz monstruo marino.

Soy el pájaro encerrado, loco, furibundo, el frenético de aire, el desesperado que se escapa por las ventanas del dolor, de la promesa, del azar asesino.

Por mí se golpean los pechos los mayores, los grandes de la tribu y la leyenda. Por mí levantan el puño los padres amorosos y soberbios, por mí enloquecen aún más los amantes enloquecidos.

Por mí se llega al Dios invasor de todos los cuerpos de la noche. Ese es mi reino donde alargo el instante de la muerte dulce, que los pecadores celebran con castigos y los libertinos con alcohol y música.

Por mi afán de todos los días, los cuerpos de los débiles y hambrientos engordan a los toros enjorados, los explotadores profesionales. Yo soy el rojo pan que acompaña sus manjares y por mí murmuran con suaves voces las mujeres piadosas que huelen a misa, a geranios de cristal, a sábanas ajenas. Yo soy la piedra sacrificial sobre la que duermen al sol niños flacos como cañas.

Déjenme golpear los tamborcillos de esos niños. Del que acaba de nacer, déjame entrar con sigilo entre su boca y el pezón mientras la madre se ofrece, cargada de santísimo

opio, como si fuera una cuchara milagrosa
llena de diamantes, de polvo del universo.

Soy la lluvia.

Soy la madre.

Soy el aire que traspaso lo sólido como si
fuera el mar, como si fuera una liviana gasa,
como una almohada de nubes donde descan-
sa el tiempo.

Soy, ¿saben?, rosa roja la que recibe la novia
embriaga de amor y vanidad, la rosa que res-
pira temblorosa en el pulso de los moribun-
dos. Soy reina de los hospitales, la prostituta
de las batallas.

¡Qué bella, qué cruel, que insana soy yo, la
sangre!

Baila mi voz, mi roja falda de cada mes en la
casa viva de cada cuerpo vivo de cada hem-
bra viva. Vida.

Escucho el tambor en el pecho, en las muñe-
cas, en los tobillos. Y baila la rosa, bailo, has-
ta agotarme hambrienta de mundo.

LETANÍA

Robo en el almacén de campo de Luis Fagetti,
cerca de General Alvear, robo de \$ 7.000, un
cronómetro para las cuadreras, un reloj Lon-
gines de oro, una rastra, rebenque y un puñal
de plata.

*Juan Bautista, concédeme la gracia que te
pido.*

Asalto a la vivienda de Lorenzo Mandrile, quien fallece a causa de las heridas recibidas.
Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Robo a un almacén de Limay llevándose 210 pesos, tres armas largas, trajes, calzoncillos, telas y aperos de montar.
Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Hurto al negocio de Jacinto Urcola, en Puelén, de ropa, aperos, rebenques, latitas de paté de foie y objetos de fantasía para señoras.
Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Tiroteo y atentado contra la autoridad en la finca Los Ángeles, al borde de El Salado.
Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

SOL NEGRO

Silverio: Es mucha plata, le dije. Son unos gringos que tienen ovejas por Añelo pasando el río Neuquén y que armaron una cooperativa o algo así. Juntan toda la lana en el campo de un gringo, un tal Zvetel. Pero a nosotros nos importa el tren de los ingleses que viene de Zapala con la plata. El dato me lo dio un peón suele ir a la esquila y que vió la venta

varias veces. El gringo Zvetel no quiere que los otros gringos, galeses o escoceses, no sé, estén amontonados esperando la plata. Dice que es por seguridad, por los asaltos. "El que se quema con leche, ve una vaca y llora". Hace unos años los asaltaron pero no se llevaron nada. Los galeses estaban armados. Quedó muerto uno de la banda de Ciriaco Calvo, un morenito que supo andar por Colonia, ¿te acordás?, le dije. Uno que tomaba y se le daba por llorar, te tenés que acordar. Nosotros no lo aceptamos porque era un peso muerto: triste y moreno. A un negrito no se lo olvida nadie, así dijiste vos, es como ir a robar con una bandera.

Es plata grande. El gringo no quiere que nadie esté allí cuando negocia con los ingleses porque se queda con una parte de cada uno. Les roba, ja.

No son pulperos, vendedores ambulantes, comisionistas, pobres como nosotros, manejan plata en serio. Lo nuestro no era robar, Juan, era peludear.

¿Qué te parece? Decime algo, dale, le digo. Con tres hombres lo hacemos. Claro que hay que llevar caballos de recambio.

Bajó la cabeza, mala señal. ¿Y...? Juan, le dije. Sin mirarme a los ojos como antes como cuando me leía el alma con esos pedazos gringos de cielo.

Juan: No.

Silverio: Ya sé, es riesgoso. Me atolondro, Juan. Imaginate, yo todo el día en la pieza de

un pueblo viendo pasar el tiempo. Encerrado nomás con la foto de la Greta Garbo que ni habla ni envejece.

¿Me querés creer que estoy trabajando? Changas para pagar la pieza. Robo cositas, sí, ropa que cuelga en los patios, algún apero descuidado..., ¡gallinas! ¡Yo, que anduve con vos! Sólo me falta amancebarme. Nosotros no somos así.

No, Silverio, me volvió a decir. Si te parece peligroso hacemos algo más chico y más cerca, Juan. Vos y yo nada más. Rucanelo, La Pampa Negra, los Molinos, ¿qué te parece? Hay muchos pueblos chicos donde los gringos están haciendo plata. Y a Chile, ¿qué te parece?

Se terminó, me dijo.

Pausa.

Silverio: ¡Déjame de joder!

Juan: Tengo mujer.

Silverio: Mujer tuviste a montones.

Juan: Una esposa. Vos la conocés: Telma. Y una hija que va a ser aviadora.

Silverio: ¿Qué estás diciendo? ¿Te volviste un tanito que dobla el lomo y que come lo que le tiran?

Juan: Tengo un rancho, un poco de tierra.

Silverio: ¡Un rancho!, me dijo. Antes tenías toda la pampa para vos solo. Ahora lo que tenés es un potrerito donde estás enlazado. Y

mañana un agujero en el suelo para soltar los huesos. ¿De qué estás hablando, Juancito?

Juan: Encontré una veta en la cordillera. Voy a sacar ripio para caminos. Voy a pedir un crédito.

Silverio: Ja, ¿Ahora sos empresario?, le dije. Años antes, si le hubiera dicho eso me clavaba un cuchillo. Pero no se mosqueó.

Juan: Ya no sirvo para robar. No quiero terminar en la cárcel.

Silverio: No servís para lo que estás viviendo. Vos sos ladrón y no uno cualquiera: el mejor ladrón de La Pampa. A vos te respetan todos, hasta los anarquistas, que te traían los panfletos.

Lo tuyo era la devoción de la peonada, del pobrericío, de los analfabetos que nacen arrojados al mar liso de la pampa y viven porque están obligados pero ya están muertos desde el primer día. Los pobres nunca te tuvieron miedo. Ellos nos van a esconder.

Mejoraste el pico, me dijo.

Gracias a vos puedo leer el diario *Los Andes*, y *La Reforma*. Bueno, el diario no, las hojas con las que me envuelven las compras.

Juan: Estoy viejo. Me cuesta agacharme para levantar a mi hija. Todo por culpa de las heladas, del cielo abierto, del rocío. Se me metieron en los huesos.

Silverio: ¡Déjame de joder! ¿Cuándo necesitamos casa nosotros, una cama, sábanas, un baño?

Juan: Ya no puedo dormir sobre el apero. En la cintura tengo un hilo de cobre para el reuma, mirá.

Silverio: Ahí mismo lo hubiera matado. Un flojo, una oveja.

Vos sos Vairoleto, le dije. ¿O te olvidaste? Al final Merchán o El Chino Monges son mejores que vos.

¡Yo de mi vida hago lo que quiero! me dijo, y por primera vez le vi fuego en los ojos.

Juan: ¡Lo que quiero!

Silverio: Vos no podés hacer lo que querés. Yo no te deajo. Los peones no te dejan, los pobres no te dejan. Los estancieros y los comerciantes no te van a dejar porque a ellos les robaste la plata. Y la policía, Buitrazo, Paeta, ¡jamás te van a dejar porque mataste a un milico! La gente sigue diciendo que andás robando por todos lados.

Juan: Que cada cual cuente lo que quiera. Yo hace dos años que no me muevo de Carmensa. Que los demás vivan su vida y me dejen vivir la mía. ¿No escuchás la radio, no vas a los pueblos, no te metés en los cines? Se terminó. El horizonte infinito, la libertad infinita, el tiempo infinito, las cabalgadas infinitas, las estrellas infinitas se terminaron. Ahora todo es alambrado, tranqueras, máquinas. Los señores tienen encerrada la pampa, con el ganado, el trigo y los peones adentro.

Silverio: Nosotros vivíamos al revés.

Silverio baja la cabeza.

Juan: El cuero, hermano, ya no me da más.

Pausa.

Silverio: No me dijo m'hijo, me dijo hermano.

Juan: ¿Cómo te enteraste que estoy acá?

Silverio: Averiguando. Me lo enseñaste vos.

Juan: No le digas a nadie donde vivo.

Silverio: No era una orden, era un ruego. Se estaba poniendo sobón. Sus ojos celestes, que fueron chispas de furia estaban neblinosos, apagados. Era miedo. De repente estaba frente a un viejo. Y le dije: ¿Para terminar viéndote así te seguí a campo traviesa toda mi vida?

LETANÍA

Participa de un alboroto y tiroteo en el salón de La Francesa, en Castex. Recibe una herida leve.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Robo de telas y prendas de vestir en el comercio del Sr. Salomón. Apresado, es remitido por cuarta vez a Santa Rosa.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Robo de un caballo al Sr. Andrés Polizonte.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Denuncia de amenazas, asalto y robo, al sur de San Luis.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Asalto al boliche El Destino y homicidio de su dueño, el ciudadano sirio José Peidón.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Intento de asalto en el Jagüel del Monte, localidad de Victorica.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

¿TE GUSTO?

La Chinita echada en la cama está desnuda de la cintura para arriba. La pollera enredada en sus piernas. Silverio intenta abrazarla y besarla, ella lo aparta.

Silverio: No trajiste nada.

La Chinita: No me voy a quedar.

Silverio: ¿Por?

La Chinita: Porque no.

Silverio: Venite a vivir conmigo.

La Chinita ríe.

La Chinita: Sos más pobre que las lauchas.

Silverio: Pero voy a tener plata.

La Chinita: Como vos la conseguís, no la quiero.

Silverio: ¿Por?

La Chinita: Se dice que andás robando.

Silverio: ¿Quién te dijo eso?

La Chinita: Yo a vos no te conozco.

Silverio: Hace un año que nos conocemos. Últimamente paso todas las semanas.

La Chinita: Las otras chicas te conocen más que yo.

Silverio: Hace meses que no voy con ninguna.

La Chinita: Ellas cuentan cosas...

Silverio: ¿Como cuáles?

La Chinita: Cosas que vos nunca me contaste.

Silverio: ¿Cuáles?

La Chinita: Que fuiste hombre de Vairoleto.

Pausa.

La Chinita: ¿Fuiste o no?

Silverio: Fuí.

La Chinita: ¿Qué más?

Silverio: Nada más.

La Chinita: ¿Ves que no te conozco?

Silverio: ¿Qué querés saber?

La Chinita: Todo.

Pausa.

La Chinita: Salud Pública cerró la casa hasta después de las elecciones. Ni mujeres ni alcohol porque si no los políticos terminan a los tiros.

Silverio: Entoncés te quedás.

La Chinita: ¿Vas a votar?

Silverio: Ni documento tengo.

La Chinita: Las chicas hablan del coronel ese...

Silverio: Todos los milicos están a favor de los ricos.

La Chinita: ¿Yo te gusto?

Silverio: Jurame que te quedás.

La Chinita: Respondeme. ¿Yo te gusto?

Silverio: Apenas cobro una changa corro a verte.

La Chinita: Eso no me dice nada.

Silverio: ¿Ah, no?

La Chinita: Que estás alzado, nada más.

Pausa.

La Chinita: No me decís si te gusto.

Silverio: Sí, me gustás mucho.

La Chinita: ¿Y soy linda?

Silverio: Sí, sos muy linda.

La Chinita: ¿Por qué?

Silverio: ¿Por qué sos linda?

Piensa.

Silverio: ¡Qué sé yo! Por todo.

La Chinita: Estás mintiendo. ¿Por qué soy linda?

Silverio: A mí me gusta cogerte.

La Chinita: Todos los hombres que van a El Abuelo van a coger.

Silverio: Tu carita redonda..., lo dulcita que sos, lo tiernita...

La Chinita: ¿Y qué más?

Silverio vuelve a pensar.

Silverio: Sos alegre.

La Chinita: Vos no sabés tratar a una mujer.

Silverio: Soy un gaucho.

La Chinita: Hay gauchos que saben tratar a las mujeres. Juan Bautista, por ejemplo. Si me contás de Juan Bautista no te cobro más.

SUEÑO

La Chinita duerme pero habla en sueños.

La Chinita: No sé quien soy. Tengo la respiración del mundo. Una sangre me despierta.

Quién, cuál, qué es esta ansia escondida dueña de mí misma. Soy muchedumbres que esperan la noche para gobernar. Soy el caldén, los algarrobos, las lechuzas, soy la pasto verde y su ejército de hormigas sobre la tierra abombada, sobre las cuchillas embarazadas de huesos. Soy el algarrobo, sus minúsculas hojas, el tronco seco y retorcido del caldén: *Anulen, Chao. Anulen.*

Me despierta el estruendo del silencio. Soy los que vivieron y los astros que vieron vivir a los que vivieron. Soy el reclamo de la sangre que nunca se seca, que jamás se la traga la tierra. Vienen ante mí, ahora que no soy nadie, arreados por la luz. Se me rompe el cuerpo cuando duermo y salen reptando o volando frente al plato abierto de mi boca muda.

La carcelera, yo, ha sido vencida.

La Chinita habla en sueños.

Anulen, Chao.

Rekelen alunco adquintue

allcun aye.

He perdido al alarido que hiela la sangre. Ya no soy la bárbara.

fau elmapu edcun

eye faraleufú huillimapu.

Mapué, huillimapu: menaltun, maya, cahuell, loo

meulen ngen nge.

No tengo sexo como la mañana o la lluvia. Soy el viento que empuja los caballos y arrastra las lanzas. Tengo la dejadez del sol que hace hervir el polvo y aplasta los toldos. Soy el terror del huinca pero me he olvidado. Soy la madre de mis mayores en el mundo invertido de la noche, en el cataclismo que despierta su voz cuando yo cierro los ojos. Yazgo indefensa, quieta, acompasada en el desmayo del sueño. ¿Cuál es el mundo que resucita cada vez? Sus gotas de gasa me someten y ellos atraviesan, gigantes, mi cuerpo antes que llegue el alba que viene trepando la tierra.

Hacen lo que quieren conmigo, esos muertos, esa multitud, que en mis ojos cerrados tiene su reino.

Ya no llegarán a Chile por la rastrillada de las pulgas. No robarán ningún hermoso caballo blanco, de cola corta como les gusta tener a los huincas.

*Pewmangen pargua parihuana y pillin
rangñihuenu quei rangiantü rimel turku...*

La Chinita: Lejos de las cosas que existieron brillantes, densas y vivas, una multitud se acorralla en mi garganta.

Yo soy yo. Estoy muerta y vivo en el capricho de un mundo que hoy me sopla los huesos.

Contra mí se apretujan y deforman rostros de niños huincas. Ríen con picardía y con la maldad de los inocentes. Desfilan gentes rica-

mente vestidas y yo misma soy ese hombre seco.

Dios mío, dame la libertad del aire con que tú premias el morir!

La Chinita: *Uñen uñan...*

(Lanza en un alarido): ¡Upenen...! ¡Upenen...!

Vuquin nguen tami vine, Chao.

Yanchin...! Yanchin...!

Silverio: ¡Despertá, Chinita!

Entre los brazos de Silverio se revuelve, agitada, loca. Abre los ojos.

La Chinita: ¿Qué pasa?

Silverio: Estás teniendo una pesadilla.

La Chinita: ¿Por qué me despertaste? Era tan feliz... soñaba que tenía en las manos un tazón de leche, con el calorcito de la vaca todavía.

Silverio: Hablabas en sueños: mapuche o ranquel.

La Chinita: Yo no sé hablar indio. Mi mamá sí pero yo no.

¡Papanata! Dame el brazo, tenés fiebre.

Saca la pasta de la boca y unta la herida que Silverio tiene en un brazo, él desconfía. Luego lo venda.

La Chinita: Cosas de indios: me las enseñó mi mamita. Hierbas y... lombrices.

TRAIDOR

Soy el traidor

El miserable

El Judas

El cuchillo por la espalda

La serpiente que duerme a los pies

La comida envenenada

La sonrisa mentirosa

El abrazo que desgarrar

La amistad que es miseria y envidia

El que hace bromas y mientras tanto mata

El que miente en cada respiración

El de doble cara

Tal como dicen: el peor

LA ESPINA

La Chinita va sacando el vendaje del brazo de Silverio.

Silverio: ¿Qué más sabés curar?

La Chinita: Cosas que me enseñó mi madre. Empachos, ojeos, culebrilla, purgas de payco tostada y sacancia.

Silverio: ¿Y para el dolor de cabeza?

La Chinita: Si es del cuerpo, grasa de corde-ro mezclada con mostaza. Si es del alma... ¿Te sigue latiendo?

Silverio: Ya no. (*Silverio se huele el brazo*)
¡Puaaj!

Pausa.

La Chinita: ¿Cómo murió Vairoleto?

Silverio: Lo encontraron, no se quiso entregar y se suicidó.

La Chinita: ¿Quién lo vendió?

Silverio: No sé.

La Chinita: Vos sabés.

Le aprieta el antebrazo y Silverio se sacude por el dolor.

La Chinita: Fuiste vos.

Silverio: ¿Qué estás diciendo? Juan Bautista era mi padre.

La Chinita: Vos sabés.

Silverio: Te aprovechás de mí porque te quiero.

Pausa larga. Se miran a los ojos.

Silverio: El Ñato Gazcón. Dicen.

Ella va sacando algo lentamente de su carne. Se lo muestra.

La Chinita: La espina de una zarza. Casi metida hasta el hueso.

TE VAN A MATAR

Te van a matar, Juan Bautista. Te van a matar.

No te rías que así no arreglás nada. Cuando el plomo te entre en el pecho y te desgarre el santo cuerpo que necesitás para seguir respirando, te vas a acordar de mí. Vas a decir: Dorotea me lo previno y yo no hice caso. ¿Y ahora qué hago con la sangre que se me escapa hasta dejarme seco? ¿Qué hago con la sangre que se me sale del cuerpo huyendo, como yo ahora? ¿Qué va a empujar entonces mi corazón vacío? ¿Aire? ¿Ganas? ¿Galope?

De ganas no se vive, Juan Bautista. Si fuera de ganas aún estarían vivos los indios arrinconados contra la tuberculosis, o los paisanos que escupieron sus tripas por levantar la cosecha desde que el mundo es mundo. De ganas viviría todavía el puma, libre en los montes. Vivirían las torcazas gordas, orgullosas, orondas de su porte sin saber que tienen destino de olla. De ganas vivimos todos, los buenos y los malos, los valientes y los cobardes, los feos y los lindos como vos, con esos ojos celestes de un cielo que sólo se ve en abril.

De ganas de vivir no vive nadie.

Mirame, Juan Bautista, no cierres los ojos para lo que no querés ver. No te digo que no bailes sino que me escuches. La cancioncita que yo te canto no será tan bonita como las que te gusta trajinar a vos, envuelto en ru-

mor de faldas, en respiraciones de hembras y entre sudores picantes. Porque yo también he bailado hasta que me tocó ser una de tus muchas viudas.

Andar sudado no siempre es malo. Basta ver en los caballos que sueltan ese azúcar que les moja el cuero. También los cristianos sudamos lindos. ¿O no te acordás de nuestras noches bajo el cielo estrellado con la Cruz del Sur bendiciendo nuestros besos y esas locuras a las que me arrastrabas y por las que yo rezaba durante el día, que ojalá Dios, esta noche otra vez me las fueras proponiendo. ¡Bandido de sábanas y de caminos! ¡Salteador de sombras húmedas! ¡Forajido de ancas! ¡Padrillo de todas nosotras, ahora viudas que te estamos llorando!

Por eso eso es que te repito: Juan Bautista, te van a matar.

No digo que te vas a morir porque eso nos va a pasar a todos. ¡Te van a matar!

O sea, ¡pero Señor bendito, te tengo que explicar como si fueras un chico! Te van a meter varios colibrís de fuego, malignos como yararás, y antes de un pestañeo, van a salir de tu cuerpo, esos pajaritos malignos, con un pedazo del corazón en el pico. Y capaz, los muy ladrones como vos, te roban la carne y los huesos que ahora necesitás para echarte encima de mí y hacerme lo que querés.

Deja de bailar, deja de bailar, ¿querés?, ¡torcés la jeta como si te estuviera arrullando tu

madre! Cuando te atraviesan los colibríes, te dije, los rabiosos, vas a sudar rojo.

Espeso, espeso, el rojo. Capaz que te parece que es la espalda sudada de una china sucia que las mató a todas para poder bailar ella sola con vos. Todo vos para ella solita. Y la mujer al abrazarte no va a tener nada, después que la quemazón de los hierros diminutos te atraviesen de lado a lado: vos y tu ojos celestes, un muñeco de alfalfa seca que se deshace en medio del baile.

Mirame a mí, ahora, mientras te lo advierto. ¿Qué tengo en las manos? Nada. ¿Qué tengo entre las piernas? Nada.

Pura quemazón de caldenes.

Como si nunca te hubiera dicho mil veces, mientras bailabas:

Te van a matar, Juan Bautista, te van a matar.

LETANÍA

Robo de 20 vacas valuadas en 900 pesos. En La Reforma.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

530 pesos en La Cautiva, tarros de durazno, gorras, medias, dos rebenques, riendas, cabestros, una matra, un par de botas, alpargatas, una lata de tabaco, una damajuana de vino, paquetes de caramelos, un winchester. Un muerto. En Limay Mahuida.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Robo de 50 pesos y un vehículo Studebaker, luego recuperado en monte Meaca. En Castex, Rucanelo.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

Robo de 59 pesos, una rastra de plata y ropas. Costa del Colorado, paraje La Japonesa.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Asalto en banda en Busnadiego, zona del Cerro Caín.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Asalto en la serranía del Limay, cerca del Cuy y Mengué

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Robo de dinero y una cartera con pagarés al señor Alí, agresión física con el talero, en Carri Legua.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Asalto a una casa de comercio en La Vereda, San Luis.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Asalto de un negocio de campo en Las Compuertas Negras, cerca de Carmensa, en Mendoza.

Juan Bautista, concédeme la gracia que te pido.

Atentado contra la autoridad en Colonia Cervantes y robo en Colonia Cordero, Alto Valle de Río Negro.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

Tiroteo en la estación de ferrocarril Gobernador Vera, en el Chaco.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

Robo junto al bandido Mate Cosido de 13.000 pesos pertenecientes a la firma Quebrachales Fusionados, subsidiaria de la Forestal, en la ciudad de Resistencia.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

Asalto de una administración de La Forestal en Kilómetro 5, cerca de Cote Lai, Chaco. Muere el mayordomo del establecimiento.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

Atraco a la administración de la fábrica de tannino Welbers, en General Pinedo, en el Chaco.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

Asalto a una tienda de comercio de Quimilí, Santiago del Estero.

Juan Bautista, escucha mis ruegos y concédeme la gracia que te pido.

ADIVINANZAS

Cuanto más profunda es
Mucho menos la ves. ¿Qué es?
La oscuridad.

FIN

¡CRAC!

de Jorge Huertas

ELENCO

Miguel Padilla, Paloma Contreras Manso

DIRECCIÓN

Roberto Aguirre

Estrenada en el **Teatro Nacional Cervantes**,
Salón Dorado, en febrero de 2004.

Personajes:

La Chinita.

El Viejo.

El Desierto.

Sol, polvo y olor a salitre que trae el viento desde el sur. Pastos duros, agotados montes de caldenes y silencio. Al borde de la huella una joven, sentada. Su vestido de algodón es otra geografía: vestido celeste con pequeñas flores rosadas.

La Chinita: Un ¡crac! como de rama seca que se parte. Tanto esperar, tantos "Dios te salve María llena eres de gracia, El Señor es contigo..." (Sigue en murmullos el rezo.)

El Viejo: Un ¡crac!, sí, ¡crac! como madera que se quiebra.

La Chinita: "...ahora y en la hora de la muerte. Amén". No se me vaya a poner bajo el sol toda la tarde no mamita hay unos espinillos grandes y yo hago un toldo con el paño y la gente que pasa camino a Coronel Pico me ve desde lejos.

El Viejo: El gringo se hizo rogar; dos o tres veces me dijo que iba a pasar pero no apareció. Yo le había dicho...

Sudor de caballos mojando el cuero y las riendas de la volanta. Las varas enganchadas. Y las ruedas con sus rayos de hierro empiezan a girar haciendo sombra sobre el polvo.

El Viejo: Se hace el zorro el gringo esperando que uno se olvide que encuentre otra cosa que no se tome la molestia. Así que agarro el tale-ro, el 38 y salgo con la volanta. "Yo quiero la plata porque si no te va a ir muy mal". Aunque es la siesta tengo que salir, yo la plata la necesito. Y ahora estoy yendo hacia Rucanelo que después del incendio parece un campo fantasma. El sol inventa agua en el horizonte como si fuera un río. Hay gente que ha visto de todo: ciudades, cosas raras. Yo supe andar con un chango de Catamarca, medio tarambana, que me contó que desde mitad del Ambato mirando al oeste se ven barcos con las velas arriadas y mástiles enfilados unos detrás de otro. Así le fue. ¿A quién se le ocurre... barcos en medio de esa aridez?

Solazo. Cabecea la del vestido celeste con diminutas flores rosadas. El viento con el polvo luminoso de la siesta le ensucia el pelo que se lavó con agua de lluvia. Giran tres caranchos, altos, sobre su cabeza oscura esperando que esté muerta. Mientras, entra en sus ojos cerrados un caballo gris de arena. Y sobre el caballo: el padrino.

El Viejo: Si me habré montado hembras...

La Chinita: Me quedo quietecita, asustada, porque puede ser el duende del aljibe que subió de la poca agua para colgarse de los garrones de algún cordero chico y llevárselo al fondo. ¡No! ¡Es el padrino! La casa se hincha de miel y pan y olor a vino barato del Neuquén

mientras el "Pañuelito" lo viene trayendo al trote.

El Viejo: Si me habré montado hembras. Antes. Antes de ahora que cualquiera me lleva por delante.

La Chinita: Los comadreja salen de los árboles que bordean la acequia. El padrino trae unas nubes de lluvia atadas del lazo y el caballo resopla de tanto esfuerzo. Los perros no ladrarán. Inclinan el hocico porque llega el perro grande, el que se pisa todas las perras. "¡Mamá, el padrino, el padrino, el padrino!". A toda la casa, de repente, se le viene el corazón a la boca.

El Viejo: Cuando Maciel se quedó con su parte y la mía, el Califa levantó los hombros y yo me vine viejo de repente. Ahí mismito, enfrente de ellos que seguían callados y fuertes, supe que ahora las hembras eran para otros. La hembras y la plata. Eso y venirse viejo es la misma cosa.

Se despierta, cabecea la muchacha. Una bandurrita le chifla por detrás una historia que le hace volver el sueño.

La Chinita: Había una vez un hombre bueno que se bajó del caballo opaco, sucio, amarillento con una sola sonrisa. Y de sus brazos saltaron como anguilas de aire como bendiciones como lluvia un fajo de papeles: "Vaya, vaya chinita. Llévelo a su madre los pagarés".

El Viejo: El sol te hace ver cosas. Una sabanita en la inmensidad del desierto, como esas alfombras voladoras que ahora trae el cinematógrafo, entre el puro pajonal y la nada.

La Chinita: Venía en una volanta. No me asusté ni nada. Quizás porque era un viejo como el abuelo que sientan bajo el alero los Michén, o como los hombres de pergamino que acompañan a los curas en Navidad.

El Viejo: ¿Qué hacés acá, chinita?

La Chinita: Nada, Don.

El Viejo: ¿Cómo nada?

La Chinita: Ofreciendo, don.

El Viejo: ¿Ah... sí? ¿Y qué?

La Chinita: Tortas fritas, pan casero y miel de unas abejas que se crían solas para el lado de Castex. Les dicen abejas huérfanas.

El Viejo: ¿Y hasta allá te vas?

La Chinita: Soy de por ahí.

Durante un instante el aire se queda quieto. Cambia el viento.

La Chinita: (*Golpea las manos.*) Aparecen las lagartijas, las arañitas pequeñas que viven en los tallos secos. Las gallinas se empujan y corean bajo las patas del caballo. La mamá lo mira molesta y sería bajo el marco exacto de la puerta pero su cuerpo está alegre de los pies a los pechos.

"Ahora los pagarés son suyos. Nadie la va molestar más". "¿De dónde los sacó?" "Me los encontré en el suelo". Y el padrino suelta una carcajada de trueno. La mamita iba vestida pero su risa la desnuda. Por pudor no quise mirarla. Bajo su vestido latían frutas y otro animalito que no sé como se llama. Por eso no miré a mi madre. Ella tomó los papeles y me dijo: "Déle un beso a su padrino que nos ha hecho menos pobres."

El señor de los perros, el dueño de las nubes de lluvia, mi padrino, soltó un "con permiso..." y entró en la casa. Tomó a mi madre de la cintura y se metieron más adentro, hasta los murmullos. A su paso se abrían las puertas de los muebles. Mientras el padrino se quedaba en casa las ovejas se volvían mellizeras y crecían manchones de alfalfa en el potrero detrás de la casa.

El Viejo: Yo al gringo le dije bien claro "Paso la semana que viene". Y hoy es la semana que viene.

La Chinita: ¿Qué hacés acá, chinita?

El Viejo: Nada, Don.

La Chinita: ¿Cómo nada?

El Viejo: Ofreciendo, don.

La Chinita: ¿Ah... sí? ¿Y qué?

El Viejo: De todo. No sé qué quiere usted, don.

Pausa.

El Viejo: ¿Tortas fritas? Parecen pequeñas pero son muy sabrosas. Tienen frutita adentro.

La Chinita: ¿Adentro? ¿Y qué hay más dulce?

El Viejo: Miel de unas abejas que se crían solas por el lado de Castex.

La Chinita: Para allá estoy yendo.

El Viejo: ¿Me alcanza?

Quando el vestido celeste con flores rosadas subió a la volanta un lechuzón pegó el grito: "¡Pa' mi casa, pa' mi casa!" y levantó vuelo hacia unos chañares.

La Chinita: "...Santa María ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de la muerte. Amén". Era de noche. Yo había hecho mis tareas: los duendes encerrados en el galpón grande, dormidas las vacas y abiertas las jaulas de los luceros. Estábamos sentados a la mesa. "Todavía no coma dijo mi madre, vamos a echar otro rezo por el alma del padrino que se nos fue a descansar con Dios".

Me puse a llorar. "Se ha muerto allá, en Carmensa, Mendoza".

El Viejo: Se sube la chinita y veo de costado su mancha celeste de flores rosadas y la rueda de la volanta echando una sombra larga sobre la arena mientras gira, da una vuelta, y otra, y otra, y otra, y otra, ella se desviste las zapatillas y respira como hacen las hembras haciendo subir las tetitas. Da otra vuelta la rueda, y otra vuelta, y otra vuelta, y otra. (*Sigue en murmullo.*)

La Chinita: Yo cerré las ventanas, arrimé todo mi tiempo a las puertas para trabarlas y la casa entera se vino de invierno. Yo, que creí estar preñada del padrino una vez que él me llevó sobre los hombros mientras araba un potrero... ¡Imaginaciones de niña! Y ahora el padrino estaba muerto. Y nosotras, grises y chiquitas.

El Viejo: ...otra vuelta, y otra y el ritmo de las ruedas me hizo venir un gatito a la cabeza. (*Silba.*)

La Chinita:

¡Ay! pasiandero

¡Ay! qué risa sí

El Viejo: Las ruedas cantando como si bailaran un gato.

Cantan juntos y parecen contentos. La chinita se ríe con ganas entre estrofa y estrofa.

Soy de las Cinco Lomas

Partido e' Juárez

Donde las rubias ponen

Dificultades.

¡Ay! pasiandero

¡Ay! qué risa sí

Mi mujer sin enaguas

Y yo sin camisa.

El Viejo: Ella se suelta las piernas y junto con las piernas el olor a jazmín. Como a flores del agua. Justo aquí, que nadie conoce el agua.

La Chinita: Cruzamos un terraplén que ahora levantó el gobierno y fuimos bordeando las vías.

El Viejo: En el horizonte brillaban las salinas como otra madrugada. ¿Conocés las salinas?

La Chinita: No. Me dijeron que parece el cielo.

El Viejo: Pero blanco.

La Chinita: Las salinas no; pero conozco un tren.

El Viejo: ¿De dónde?

La Chinita: De Catrilló. En una procesión de la Virgen. *(Pausa.)* Le mentí. Una vez nos llevó el padrino. Las dos, la mamita y yo, estábamos con miedo porque lo apresaran y no queríamos ir. Él se reía de pañuelo blanco. "No entremos al pueblo." "¿Para qué me vestí entonces?" Al final no entramos. Pasamos la tarde en un bosquecito de caldenes, comimos y casi nos dormimos de llenos. De pronto se escucha un silbato lejano. El padrino me levanta y salimos a los saltos entre los cardos y la paja brava hasta el terraplén de piedras. Pasa el tren como una manada de hierro, alguien saluda con la mano y saca medio cuerpo para mirar y ve como en un santiamén nos hacemos chiquitos, chiquitos. El padrino pone la oreja sobre un riel, entorna los ojos. Sonríe. "Vení, chinita. Escuchá. Parece una orquesta".

El Viejo: ¿Para qué habremos cantado? Le empecé a tomar odio a la hembra, a su risa mientras entonaba el gatito

(Canta.) ¡Ay! qué risa sí

*Mi mujer sin enaguas
Yo sin camisa.*

Cambió el viento. Ella tenía el pelo sobre la cara y los ojos cerrados. La tierra, los médanos sudaban silencio. Y "le tuve rabia al silencio por lo mucho que perdí": los vagones con los peones "golondrinas" y sus ataditos blancos encastrados en los techos cayendo a levantar la cosecha. Yo y Juan Bautista nos confundíamos con la peonada después de algún robo, de alguna correría y nos quedábamos un tiempo en la cosecha y en la esquila por los cuadrados más lejanos. ¿Para qué habremos cantado? Se me vinieron encima los fogones y los cantos de los gringos: "Ragazze de Trieste..."

Los caballos de la volanta siguen fieles al trote. Pero son dos fieras poderosas que ojalá no despierten. Están abombados de polvo y de sol, capaz que vuelcan la volanta de un corcovo y los matan a los dos.

La Chinita: Ni un solo guanaco vi en todo el día.

El Viejo: Ni lo vas a ver. Están de celo.

La Chinita: ¿En celo?

El Viejo: Ellos son como cristianos. No les gusta que los vean cuando... Ella soltó una risa que fue una cuchillada. Y volví a ser joven. Como cuando la plata también era para mí. Como cuando andábamos con Juan Bautista meta cuatrerear, meta ir de aquí para allá. Y me acordé de los tiroteos con los gendarmes. Y

esos tiempos infinitos después del robo en que nos gastábamos el dinero, nos montábamos mujeres y jugábamos a las cartas. Cuando la chiquita soltó la risa se me escaparon todas las noches de arreo sin más luz que las estrellas. La hembra me desnudó de golpe. Me puso en cueros con mis carnes cansadas, mi fatiga, mi tener que asustar gringos para pelear un cobre, algún ganado y, a veces, solamente ropa. Y ella se reía y sus tetitas se reían y su piel lisa y oscura se reía. Con la punta de la lengua se reía, con el tajito se reía como si uno fuera un viejo que se abandona, que se acobarda, que sin decir palabra deja que las hembras se las monten otros. Mientras el sol se ponía amable, le miré las ancas. Y me la quise arqueada, con el vestido abierto. Y quise que la única agua del desierto fuera la que brotara de entre sus piernas. Agua y sed al mismo tiempo, del tajito a la tierra, del tajito al polvo.

La Chinita: (*Aún riendo.*) ¿Qué pasa?

El Viejo: Pasa que te me estás ofreciendo.

La Chinita: ¿Ofreciendo..., para qué?

El Viejo: Para hacer igual que los guanacos.

La joven sigue con su risa. El viejo se le va encima como otro caballo, como si él mismo se hubiera soltado las riendas, hubiera volcado la volante sobre los pastos secos de la banquina y, bufando de espuma, se le echara encima a la hembra.

El Viejo: Aquí no, aquí no. Nos pueden ver.

La Chinita: Yo la sentí desnuda aunque tuviera el vestido celeste de flores rosadas.

El Viejo: Allá. En los caldenes.

La Chinita: No hay huella para entrar.

El Viejo: Dejamos la volanta acá, don. Y vamos a pie. (*Pausa.*)

El Viejo: Y ahí mismo, cuando dijo "...a pie" me escuché la voz adentro: "si me abré montado hembras...". Ese mismo olor a hembra que llevábamos bajando el Salado con la policía detrás cuando éramos "dos cintas de fuego, galopando, galopando". Cuando los milicos se asustaban del desierto y se decían volvamos, buscando justificaciones para no pasar Chadileuvú. Y nosotros para escondernos la inmensidad bajo el sol, libres. Así se escondieron Fierro y Cruz. Así se esconde cualquier matrero.

La Chinita: Tanto rezar y ahora estábamos juntos sobre la volanta rodando la arena. Pasamos un desvío del camino que más bien parecía una senda borrosa, abandonada. Por allí iba el padrino a cazar jabalíes. Tanto rezar hasta que al final lo dijo. Ya no era lo que era: un viejo. Era un puma que huele sangre.

El Viejo: Tengo que parar.

La Chinita: ¿Acá?

El viejo detiene la volanta al costado del camino, bien pegada al alambrado. Toma el poncho y cruza el alambrado

El Viejo: En aquel montecito tengo un compadre. Si paso sin saludarlo se enoja.

La Chinita: ¿Dónde?

El Viejo: Allá. Tiene un rancho tan chico, que parece cueva de comadreja. Por eso no se ve. Vamos y volvemos enseguida.

La Chinita: Dije sí. "¿Es cerca?" Yo pensé en la alegría suya mamita cuando a la noche le contara. Recordé los tiempos feos cuando la casa se erizó de cuchillos y de sólo limpiar los muebles se nos cortaban las manos. Pensé que nunca más los duendes del aljibe se echarían bajo mi ventana para tocarme el vidrio a la noche.

Agarré mi bolsita de pan y bajé.

El Viejo: Recogete el vestido que te vas a enganchar.

La Chinita: Me levanté el vestido por las rodillas y me agaché para cruzar el alambre. Puso su primera mano en mi cintura. Así fuimos en silencio marcando las pisadas sobre la arena. Cada tanto algún tero se levantaba asustado de entre los pastos altos. A la derecha los racimos de totoras y unos pastizales nos marcaban el sendero de la aguada Quehué. Yo iba detrás y acomodaba mi bolsita de pan. Cuando estábamos por llegar al montecito se me puso a la par, cerquita.

El Viejo: Quiero estar con vos, ¿sabés?

La Chinita: Cuando entramos en la arboleda de caldenes por supuesto no había rancho, ni

amigo, ni había nada. Se me vino encima. Murmurando.

El Viejo: Te estoy deseando desde que subiste me venís sonriendo mostrando las piernas de hembra...

La Chinita: Y todas esas cosas. Me buscó la boca y me mojó los labios y el mentón. Se me venía encima apretándome la cintura hasta quebrarme. Las manos secas del viejo se fueron hacia adentro del vestido...

El Viejo: ...te vengo deseando desde que te subiste... el modo en que te reías... vas a ver qué tengo para vos torcacita...

La Chinita: Y me faltaban pechos para sus manos tan grandes. Bufaba como los caballos después del trote. Me subió el vestido y yo me apuré a desabrochármelo para que no me lo rompiera.

El Viejo: A ver, a ver el hoyito. Negrita guasita hembra.

La Chinita: Me empujó la cabeza hacia abajo y ya estaba desabrochado. Con su mano firme sobre mi nuca me hizo buscarlo...

El Viejo: Dale chupá dale dale...

La Chinita: Yo refregaba la cara contra la panza del viejo. Lo atraje hacia mí por la cintura mientras tanteaba la bolsa del pan. Cuando sentí el mango lo apreté con fuerza y le busqué el corazón. Hizo ¡crac!

El Viejo: ¡Crac! Como cuando se parte la rama de un árbol viejo y seco. ¡Crac!

La Chinita: Le hundí el puñal hasta el mango. La sangre le explotó con tanta fuerza que empujó el cuchillo hacia afuera del cuerpo. Me miró. Yo le grité "¡Judas!". No me escuchó. Y se vino al suelo boca abajo. Chilló un chajá. Los animales son los primeros en darse cuenta cuando alguien muere. Tanto esperar y fue así de sencillo. Tantas noches imaginando, tantas veces que lo habré espiado pasar rumbo a General Pico. Tanto rezarle al padrino para que me lo entregara fácil.

Cuando volví al camino desaté los caballos de la volanta y los espanté. Corrieron un trecho y luego se quedaron parados comiendo pasto, mirando hacia mí. Esperando al viejo que estaba muerto junto a un caldén en el montecito. Me dieron ganas de robarle el talero y el revólver pero los dejé. Me quedé mirando el horizonte, buscando el reflejo de las salinas. El sol empezaba a caer detrás del polvo, de las arenas del sur. Triste vacía insatisfecha.

¿Qué le voy a contar a la mamita? ¿Que se vino a morir tan rápido y sin saber por qué? Volviendo a las casas, campo traviesa, tenía que pensar en algo.

Y se me ocurrió.

Mamita:

No me interrumpa. Dejemé que le cuente todo. Hoy a la tardecita, cerca de la aguada Quehué lo maté al Turco. Yo sé que una cosa es matar un animal y otra matar a un cristiano. Pero ese era un traidor.

No llore, mamá. No me vaya a despreciar. Pero cuando mataron al padrino, usted recuerda, las tencas, los chingolos, dejaron de venir al techo y todas las ovejas dieron leche amarga por un tiempo. Acuérdense: sacamos los cuchillos y los tenedores de hierro de la mesa por miedo a matarnos algún día de tristeza. Recuerde: desayunábamos muérdago. Y las cebollas se quejaban bajo la tierra de lo mucho que les costaba crecer. Déjeme contarle todo. El Ñato quedó tirado soltando sangre. Ya se lo deben estar comiendo los caranchos y, ojalá Dios, le saquen hasta el alma.

¿Estoy sucia? Después usted me desviste y me baña en el fuentón como cuando era niña. Puedo entrar paradita. Le juro que de ese hombre no traigo nada. Ni me tocó.

No, no tengo miedo. Ni de la policía ni de nadie. Al traidor lo usaron los milicos para que los llevara hasta Carmensa donde el padrino vivía con otra mujer y con sus hijos. No ponga esa cara, mamita. ¿Qué importa? Nosotros somos las enamoradas del padrino, ellos eran su familia. Y ahora todas somos viudas.

Cuando el viejo sintió el puñal en el centro del corazón como una flor de fierro, déjeme contarle por favor, yo lloré de alegría. Sí, sí, lloré por usted también, mamita.

Con el puñal enterrado abrió los ojos grandes, sin palabras. Balbuceaba un rojo intenso como pecho de cardenal. Yo le grité: ¡Judas! ¡Vos entregaste a mi padrino Juan Bautista Vairoleto! ¡Cobarde!

Sí, mamita. Ríase, ríase conmigo porque fue una gloria. El viejo buscaba preguntas pero en la boca encontraba borbotones de sangre, nada más. Tambaleó.

"No voy a consentir que se cometa el delito de matar así a un valiente" –le grité.

Dijo me muero me muero.

"Como un perro". Se le empezaron a desteñir los ojos y se fue derrumbando, primero de rodillas, luego el cuerpo y finalmente la cabeza. Su cara de traidor contra la arena, revoleaba los ojos. "¡Chinita,... por Dios!" Era ganado que se vino al suelo, los tendones cortados y sin poder defender el cogote. "Ni que te mueras diez veces vas a pagar a Vairoleto. El ladroncito de los pobres, de los humildes".

Le di la espalda y me fui. Pensé rematarlo pero lo dejé así para que muriera recordando cuando el padrino le enseñó a esconderse en el Sur, o en San Luis, en los campamentos de los cosecheros.

Me pareció escucharlo gritar en esas soledades hasta que su voz se confundió con el viento. De lejos vi aparecer los primeros caranchos. No, no. Eran angelitos con facones para carnearlo como se merecía.

Si hubiera escuchado el ¡crac! cuando el puñal, antes de entrar al corazón le rompió las costillas... Un ¡crac! como de rama seca que se quiebra.

Desde lejos llega la voz del viejo.

El Viejo: En aquel montecito tengo un compadre. Y si paso sin saludarlo se enoja.

La Chinita: ¿Dónde?

El Viejo: Allá. Tiene un rancho tan chico, que parece cueva de comadreja. Por eso no se ve. Voy y vengo enseguida. (*Pausa.*) ¿Querés venir?

La Chinita tiene una sonrisa de cielo que en la pampa casi no se ve. La volante queda sola. Los caballos sacuden las patas y se espantan los bichos con la cola. Pasa un venteveo. Comienzan a sonar grillos. Una urpillita baja a descansar en un poste. Ni el desierto, ni el viento, ni el silencio apuro.

FIN

SATORI, MI REINO

de Jorge Huertas

ELENCO

Diego Gallardo, Juan Scalia.

ARTE

Martín Hoffmann.

DIRECCIÓN

Roberto Aguirre.

Estrenada en el **Teatro de Repertorio**, Florida,
Pcia. de Buenos Aires, en julio de 2023.

Personajes:

Norberto, profesor de teatro, tiene 56 años.

Faustino, preso, de 31 años.

Sala de visita de una cárcel. Dos mesas y sillas desparramadas. En la pared, bien arriba, una pequeña ventana por la que entra la luz del sol. Un hombre con un brazo enyesado y en silla de ruedas. Sobre la mesa un bolso de cuero. Es Norberto, que espera desde hace rato. Sonido de pesadas puertas que se abren y cierran. Entra Faustino, la cabeza gacha y los ojos casi cerrados. Está esposado en las manos y en los pies. Silencio.

Norberto: Faustino...Faustino... ¿Escuchaste? Levantá la cabeza y abrí los ojos.

Faustino: ¿Quién sos vos para darme órdenes?

Norberto: Por educación al menos.

Faustino: Yo no tengo educación.

Norberto: Faustino, te vine a ver...

Faustino: Yo no te lo pedí. (*Pausa.*) No puedo abrir más los ojos. En la tumba está todo oscuro.

Norberto: Sentate.

Faustino: No.

Norberto: El Director del penal me fue a ver al hospital y ahí nomás le pedí verte. Me dijo que no, que eras peligroso. Que hasta ahora, a pesar de tu prontuario, habías tenido buena con-

ducta pero que no sabe por qué te volviste peligroso. Que te ibas a quedar en la celda de castigo, incomunicado, hasta que él quisiera.

Faustino levanta los hombros.

Norberto: Entonces hablé con el capellán y él lo presionó hasta que me dio permiso.

Faustino: ¿Ahora hablás con los curas?

Norberto: Por supuesto. Si tengo que hablar con los curas, hablo.

Faustino: ¿La silla de ruedas es para impresionar?

Norberto: Un poco, sí. Me puedo parar pero no camino bien todavía. Pensé que con la silla me iban a dejar pasar más fácil. (*Pausa.*) ¿Tenés visitas?

Faustino: ¿Ahora?

Norberto: Ahora no, pelotudo. Digo habitualmente.

Faustino: Desde que mi mamá murió, menos. Mi hermana se fue a vivir a Laguna Paiva y viene muy poco. Para las fiestas.

Norberto: ¿Tenés hijos?

Faustino: Creo que tengo una hija. ¿Se te terminó el interrogatorio? ¿Me puedo ir?

Norberto: ¿Y? (*Silencio.*) ¿Qué pasó? (*Silencio.*) Necesito saber. Casi me matás. Me fracturaste el brazo, me pateaste los riñones. ¿Estás loco vos? Recién ahora puedo hablar y se me entiende, de cómo me dejaste la boca. Si me

rompías una vértebra, quedaba parálítico. (*Silencio.*) ¿Y? ¿No vas a decir nada?

Faustino: Es fácil pegarte a vos, no te sabés defender.

Norberto: Tenés otro juicio encima "por agresión y lesiones graves".

Faustino levanta los hombros.

Norberto: El forense certificó las lesiones. Yo no hice la denuncia pero el juez actuó de oficio. Los beneficios por buena conducta se te fueron al carajo. Te van a caer por la cabeza. El sumario interno ya lo hicieron. Te estoy hablando de un juicio, de otra condena.

Faustino: Si esos soretes me quieren cagar no necesitan juicio. Me mandan matar y se acabó.

Pausa.

Norberto: El Juez ya me citó y yo sigo presentando certificados médicos para no ir. Antes de declarar quiero que me des una explicación.

Faustino: Me amenazás.

Norberto: ¡Casi me matás y quiero que me des una explicación! Decime qué mierda te hice yo a vos.

Silencio.

Norberto: ¿Sabés lo que sufrí? ¿Sabés como duele esto?

Faustino: Como la picana de la policía o las palizas de los guardias.

Norberto: Vos sos una mierda peor que la policía, ¿qué hablás?

Faustino: ¿Sabés por qué te recibí?

Norberto: ¡Ja, miralo al tipo! "Recibí". Si no me recibías te hacía cagar a palos.

Faustino: Para ver luz.

Faustino, arrastrando los pies, se sube con dificultad a una silla. Con sus manos esposadas se aferra a las rejas de la pequeña ventana. La luz del sol le da en el rostro.

Faustino: "Con este sol, carajo..."

Finalmente, no aguanta más su peso y se suelta.

Faustino: ¿Qué día es hoy?

Norberto: 10 de Octubre.

Faustino: Primavera... (*Silencio.*)

Norberto: Olvidate del juicio, de la denuncia. No te amenazo ni nada pero necesito una explicación. ¿Por qué me pegaste con esa saña? En el sumario las declaraciones de los otros internos coinciden en que si ellos no te agarran, me matás.

Faustino: Me arañaron todo... (*Se ríe.*)

Norberto: ¿Habías tomado Seconal? (*Faustino niega.*)

Norberto: No mientas. Estabas drogado. ¿O era el jugo de mierda que venden los guardias?

Faustino: No, esta vez no.

Silencio.

Norberto: Me tenés que explicar. Me vas a explicar. Casi dos años estuvimos trabajando bien, muy bien. ¿O no? ¿Te acordás que al principio venías a mirar y no hacías nada? Estuviste así como medio año. ¿O venías porque venía la Zulma?

Faustino: ¿Cómo está la Zulmita?

Norberto: Desolada. También le pegaron y la mandaron a las tumbas. La quise ver pero no me dejaron.

Faustino: Te la querés coger. (*Ríe.*) Ella siempre está gritando. Si hubiera estado en las tumbas me habría dado cuenta.

Norberto: La metieron en una tumba de planta baja. Diez días nomás, después volvió al pabellón.

Faustino: ¿Y ahora quién se la coge?

Norberto: Nadie.

Faustino suelta una carcajada burlona.

Faustino: Lo dudo. ¡Con lo que le gusta la pija...!

Norberto: No sé... En serio, no sé. Me parece que está en el pabellón de los homosexuales. Como no hubo más clases no sé de la vida de nadie. El director ya me dijo que el programa de enseñanza de teatro se levanta. No me dejaron ni despedirme. "Un día va a haber un motín y a usted me lo tiran descuartizado", me dijo. "No quiero líos con la Secretaría. Muy lindo, muy social todo, pero yo no quiero lío. Des-

pués, los políticos se lavan las manos y al final el responsable voy a ser yo”.

Silencio.

Norberto: Todo el trabajo de dos años se fue al carajo. Y vos te hacés la estrella y no querés abrir la boca.

Faustino: ¿Querés que te cague a trompadas también ahora?

Silencio.

Norberto: Teníamos un buen elenco. Zulma es muy buena actriz.

Faustino: Para mí exagera demasiado, y llora mucho. Aunque la escena no sea de llorar, ella llora igual.

Norberto: Es muy expresiva.

Faustino: Te calienta. Además, Zulmita se hace la actriz y le faltan todos los dientes.

Norberto: ¿No estábamos bien? ¿No nos ca-gábamos de risa? ¿Con el teatro no conseguimos reivindicaciones por las que ustedes pelearon mucho tiempo?

Faustino: Sos malo como profesor. Eso no es teatro.

Norberto: ¿Ah, no?

Faustino: No.

Norberto: ¿Y vos cómo sabés? ¿Alguna vez viste una obra de teatro?

Faustino: No, pero vi televisión y debe ser parecido. Lo que nos hacías hacer era como las

funciones de las escuelas o de jardín de infantes. Teníamos problemas con la comida, con las requisas, con la mugre de los pabellones... y vos nos hacías actuar esas cosas. Pero eso no es teatro.

Norberto: ¿Y qué es teatro para vos?

Faustino: No sé. Eso no.

Norberto: ¿Y si no sabés para qué hablás?

Silencio.

Faustino: Teatro es el libro del inglés que nos leías. Eso es teatro.

Faustino sonríe.

Faustino: Yo fui porque Zulma me lo pidió.

Norberto: Pero te quedaste.

Faustino: Para mí el teatro es cosa de putos.

Norberto: ¿Ah... sí?

Faustino: Los putos hacen teatro. Se ve por televisión.

Norberto: ¿Vos sos también? ¿Yo también?

Faustino: Vos te ponés pegajoso, te hacés el bueno. Los putos cuando te quieren levantar se ponen así. ¿Para qué viniste, Norberto? ¿Qué querés? No sé por qué te pegué, me volví loco, no sé. Yo maté dos tipos, tengo robo a mano armada, no sé. Soy un delincuente, Norberto. Desde pibe soy un delincuente. No me hinchés más las pelotas. Se terminó.

Faustino va hacia Norberto que retrocede en su silla de ruedas. Su bolso de cuero desgastado está sobre la mesa. Faustino lo abre y comienza a sacar lo que hay adentro: papeles y dos libros.

Faustino: ¿Este es el libro del inglés?

Norberto: Sí.

Faustino: ¿Acá está la obra del loco ese que los mata a todos?

Norberto: Chorrea sangre ese libro.

Faustino: Pero... ¿Acá está la obra del loco?

Norberto: No sé, hay muchos.

Faustino: No te hagas el pelotudo.

Norberto: ¿Uno que mata a todos para quedarse con el reino?

Faustino: Sí, el tipo va a ver a unas brujas... ¿Sabés lo que hizo mi vieja? La primera vez que entré a la cárcel había uno que me tenía loco, me pegaba, me hacía la vida imposible. En una visita mi mamá me vio los golpes y me preguntó. Yo era pibe y le conté. "Déjemelo, hijo. Voy a la bruja y ya vas a ver". A los diez días el tipo murió de neumonía.

Norberto: ¡Macbeth! Así se llama la obra. Y el inglés del libro se llama Shakespeare.

Faustino: ¡Chespirito...! ¡Ah...! Chespirito.

Norberto: Sí, ese es el libro de Shakespeare que siempre llevo encima.

Faustino: Como una Biblia. Mi vieja siempre venía a visitarme con la Biblia. Me la leía y me

hacía rezar. Yo no creo en Dios pero le daba el gusto. Acá adentro, no sabés cómo te rompen las pelotas los evangelistas con la Biblia.

Faustino: Dame algunas.

Norberto: ¿Qué?

Faustino: Algunas hojas.

Norberto: ¿Arrancar las hojas del libro? No, no puedo. Es la edición en dos tomos de Aguilar, es un libro muy caro.

Faustino: Dame, dale. En la tumba por la noche, por una hendija de la puerta entra un poco de luz y puedo leer.

Norberto: Es un regalo de mi maestro Roberto Durán, que ya murió. Cuando salgas de la tumba lo podés leer.

Faustino: ¿Y este otro libro?

Norberto: No es teatro.

Faustino: ¿Qué es?

Norberto: Poesía. Versos con rima.

Faustino: ¿Qué es rima?

Norberto: Que la última sílaba de un verso suena igual que un verso anterior, o uno que sigue.

Faustino: ¿Cómo es eso?

Norberto: Si uno termina con la palabra dolor, la siguiente termina con la palabra amor. ¿Entendés? Dolor-amor. Suenan iguales.

Faustino: Color, temor, ardor.

Norberto: Sí, eso.

Faustino: ¿Qué libro es?

Norberto: El Martín Fierro.

Faustino: Mi papá me regaló un Martín Fierro cuando yo era chico. "Usted me lo aprende y después cuando viene de visita me lo recita". Mi papá tocaba la guitarra. Las pocas veces que paraba en casa se la pasaba acostado con mi vieja y tocaba la guitarra. No tocaba muy bien pero él se entretenía y nosotros también. Después se iba a hacer un trabajo y no lo veíamos más. O lo íbamos a visitar a la cárcel. Nos recibía bien empilchado y yo le recitaba el Martín Fierro. Fuimos a Sierra Chica, a Devoto fuimos por años. "Vos tenés que estudiar, chango". Yo le decía que sí pero ya había empezado a robar cosas chicas: jubilados, alguna bicicleta, algún kiosco.

*"Un padre que da consejos
Más que padre es un amigo
Así como tal les digo
Que vivan con precaución
Naidés sabe en qué rincón
Se oculta el que es su enemigo."*

La tenía clara mi viejo. Bueno, muy clara no, porque en un motín no anduvo con precaución y le clavaron una faca en los riñones.

Pero me dejó algo: yo soy bruto, apenas si sé leer y escribir, soy duro de cabeza pero tengo muy buena memoria. Tendría que haber sido cana.

Suenan golpes en la puerta.

Norberto: Se termina la visita, Faustino. Yo no vine a hablar del Martín Fierro. Todavía no me contestaste: ¿Qué pasó?

Silencio.

Norberto: Escuchame, negro de mierda: ¿Qué pasó?

Se le acerca con la silla de ruedas y lo sacude.

Norberto: ¿Por qué, decime por qué?

Faustino se tira hacia atrás.

Faustino: Yo vivía bien, así como estaba. La vida era eso. La que me tocó. Cuando estaba afuera jodía, cuando estaba adentro me la aguantaba. Me aguantaba piola los años que me faltaban para salir y hacerlo boleta al que me vendió; y si no era a él, a alguien de su familia. No necesitaba más. Llegué hasta hoy y no me morí de hambre. Pero viniste vos, sorete. Viniste vos, cagón de mierda, con tu ayuda social para el preso, viniste vos a hacerte el bueno. ¡Culo roto de mierda! Que te la pasas diciendo que todos los actores conocidos son tus amigos. ¡Cagón! ¿Por qué no estás en la calle Corrientes, en la televisión si sos tan artista? ¿Qué mierda tenés que hacer acá con tus libritos? Venís a traer tu lástima porque no tenés huevos de hacer tu vida. Te odio. Sos una mierda.

Norberto: Pero, ¿por qué?

Faustino: Porque trajiste... la belleza. Tu mierda de teatro es un cáncer. Te hace débil. Tu teatro, tu picana, te quiebra. Te pone más vivo y te hace más débil.

Norberto: La belleza de la vida es algo bueno.

Faustino: Si llega tarde, no. Si llega entre rejas cuando ya estás jugado, no. Si te llega entre la mierda, no. Si te llega en el infierno, no.

Pausa.

Faustino: Llegaste tarde, Norberto. Llegaste cien años tarde.

Faustino rompe algunas páginas del libro y las oculta entre sus ropas. Luego, de un salto sube a la mesa y se retuerce. Su figura de criollo se transforma en un contrahecho.

Faustino: "¡Si hemos de ser vencidos que sean hombres y no estos hijos de puta! ¿Nos quieren sacar lo que tenemos? ¿Cogerse a nuestras mujeres? ¿A nuestras hijas?... ¡Escuchen! ¡Escuchen sus tambores! (*Golpea los pies sobre la mesa.*) ¡A pelear, tumberos! ¡A pelear si tienen huevos! ¡Apunten a la cabeza! ¡Nuestra rabia le va a meter miedo al cielo! ¡Miles de corazones laten en mi pecho! ¡Muera la yuta!"

Se tira de la mesa al suelo y gira, contrahecho, alrededor de la mesa. Sus ojos se desorbitan de espanto.

Faustino: “¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo! ¡Me cansé de matar y el enemigo siempre resucita! ¡Mi reino por un caballo! ¡Este reino de miseria y mierda por un caballo!

Pausa larga. Faustino poco a poco va recomponiendo su apostura. Norberto aplaude.

Faustino: Yo no trabajaba en clase pero después, solo, me iba a la biblioteca y leía. Muchas veces no sabía lo que las palabras decían pero las recordaba igual. Yo lo banco a muerte al inglés. Asesinatos, robos, traiciones, violaciones, mentiras, crueldad contra los débiles: igual que en los pabellones de este penal. ¡Aguante el inglés, escritor de los presos! Como no entendía muchas palabras un día me pedí un diccionario. ¡La puta madre! ¡Miles de palabras, la concha de su madre! ¡Miles de palabras que yo no conocía! Me lo llevé al pabellón. No le daba bola a nadie y leía el diccionario, despacito, página por página. “Artesa: Recipiente de madera que se utiliza para amasar el pan, dar de comer a los animales o lavar. Dinar: Moneda árabe antigua de oro, que se acuñó desde el siglo Ve, i, i (*Lo dice en letras*) “Saya: Falda, enagua.” (*Pausa*). “Turma: Testículo” (*Suelta una carcajada.*)

Pausa.

Norberto: Tenemos que recuperar lo que hicimos. No se puede ir todo a la mierda. Voy a hablar con el capellán, con el Secretario de Justicia de la Provincia si es necesario...

Faustino: ¿A quién le importan los presos? ¿A quién le importa nadie? Vos que tenés caballo, andate Norberto...

Norberto: ¡No puedo! ¡No quiero! No sé qué me pasa. Yo también estoy preso. ¡No me voy a ir de acá! (*Con lágrimas en los ojos.*) Hagamos algo. No me dejes solo.

Faustino: Vos estás loco o sos puto. (*Pausa.*) No me jodas más. Porque la próxima te mato en serio.

Faustino va hacia la puerta y grita "¡Guardia, guardia!". La puerta se abre y se cierra con estruendo sordo. Se escucha la voz de Faustino que se aleja.

Faustino:

*"Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela
Al hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria
Como el ave solitaria
Con el cantar se consuela."*

Norberto: (*Hacia afuera.*) Vos sos un artista. Sos más artista que yo.

Faustino: (*Desde afuera.*) Todos los artistas son putos, y el teatro es una mierda.

Norberto: Faustino, Faustino...

FIN

SONÁMBULA

de Jorge Huertas

A mi mamá.

ELENCO

Marcela Delavault y Alicia Monsalvez

ASISTENTE DE DIRECCIÓN

Mariela Lazaleta

DIRECCIÓN

Silvana Feliziani

(Sobre una idea de dirección original de Raúl Ludueña.)

Con el título *La blusa italiana* fue estrenada en el teatro **El Arrimadero**, Neuquén, en octubre de 2010.

Personajes:

Eleonora, dueña de casa.

Delia, señora que hace la limpieza.

Gabriel, hijo de Eleonora.

Casa en un country. Dormitorio.

Eleonora: Tirá, Delia, tirá.

Ropa desparramada, perchas desnudas. Luz de la tarde.

Recostada sobre la cama, Delia trata de subir el cierre relámpago de una pollera, sin duda pequeña, que Eleonora intenta ponerse. Duramente, lo logra.

Eleonora: (Con la voz ahogada.) Cerró. Pero ahora no puedo respirar. Era tan linda esta pollerita. Bajame el cierre que me ahogo.

Revisa prenda por prenda y se las entrega a Delia, que las dobla y las pone en bolsas grandes de consorcio.

Eleonora: Este lo usaba no hace tanto... diez años. Me lo ponía para ir a la playa. Con una malla blanca calada en la cadera, y sandalias plateadas...

Se lo pone por arriba.

Eleonora: Tenía tres kilos menos, nada más.

El vestido se traba irremediablemente en los pechos. Y aunque ambas hacen fuerza no logran que el vestido baje.

Eleonora: Tres kilos..., seis... o siete, nada más. Todos en el culo y en las tetas. Me dan ganas de llorar.

Delia: ¿Y si le abre las costuras?

Decepcionada, lo tira sobre la cama.

Eleonora: No, no. ¿Y esto? Mirá que lindo... pero muy corto (*Se lo prueba sobre el cuerpo.*) No puedo andar mostrando los jamones. Llévatelo.

Delia comienza a poner todas las prendas en la bolsa negra.

Eleonora: ¡No, no! Esa no.

Eleonora saca de entre la ropa una pollera verde de jean. Su rostro se cubre de una tierna nostalgia.

Eleonora: Esta la estrené para ir a ver a Queen, en el estadio de River. La usaba con unas botas blancas altas. Me quedaba bárbaro el blanco.

Hace intentos inútiles para subirse la pollera verde de jean hasta la cintura.

Eleonora: Ahora me queda..., Te crece la cintura, ¿viste? En fin, te crece todo. Yo entraba acá. Ya había tenido a los chicos, pero entraba.

Delia: Es que el cuerpo cambia, señora.

Eleonora: Es una desgracia lo que me dura la ropa. No tengo más lugar en los placares. Soy como mamá. Mamá ordenaba los placares una vez al año y el servicio se llevaba bolsas enteras de ropa. Pero hoy... ¿quién tiene tiempo para hacer eso? Voy a dar todo... ¡todo! Traé más bolsas.

Eleonora sigue revisando la ropa, Delia sale y vuelve con más bolsas.

Eleonora: Mirá, mirá. (*Se acongoja.*) Ropa de los chicos. Las guardé de recuerdo. Yo guardo ropa y mi marido videos. ¿Tenés videos de los chicos?

Delia: No, señora.

Eleonora: ¿Viste todos los Cds que están en el mueble del living? Bueno, son de los chicos. Especialmente de Gabriel haciendo deportes: En el colegio, en torneos... Así es el padre. Está poco con el chico pero lo graba todo el tiempo. ¿Vos chicos chicos no tenés?

Delia: No, señora, pero tengo muchos sobriños.

Eleonora: (*Se seca unas lágrimas y besa la ropa.*) Tomá, tomá. Acá no le sirven a nadie. Me quedo sólo con esta remerita de los Transformers.

La huele y se la hace oler a Delia.

Eleonora: Olor a vainillita, ¿no?

Delia sigue poniendo ropa en la bolsa.

Eleonora: No, no, la ropa infantil ponela en otra bolsa, aparte, que no se mezcle.

Delia saca la ropa y la pone en otra bolsa.

Eleonora: Hay mucha ropa de invierno y poca ropa de verano. Bueno, esperarás unos meses para ponértela. Mirá qué suerte, tenemos los cuerpos bastante parecidos.

Delia afirma con la cabeza.

Eleonora: (*Sonriendo.*) Esta no te va a servir. Es un jumper de cuando estaba embarazada de Isabela. ¿Pensás tener más hijos?

Delia: (*Sonriendo.*) No, señora. Pero mis hermanas, sí. Son más chicas...

Eleonora: ¿Cuántos son de familia?

Delia: Somos cuatro hermanos y todos tienen muchos hijos. Mi hermano mayor tiene seis.

Eleonora: No sé cómo hacen... Yo tengo dos y no doy más. Soy un chofer. Me la paso encima de la 4x4. Vení, acercate. No, tonta, aquí al lado mío.

Eleonora prueba una blusa sobre el cuerpo a Delia.

Eleonora: Esta blusa, italiana, es para vos. No sabés el cariño que le tengo... Probatelá, no tengas vergüenza.

Delia comienza a sacarse la remera de adentro del pantalón.

Eleonora: No, no, encima de la remera. ¿O vos sos como yo que en verano toda la ropa te molesta?

Delia se la pone sobre la remera.

Eleonora: Te queda bárbara. No se la regales a tus sobrinas, ¿eh? Es para vos. La compré en Florencia. Los italianos hacen una ropa... Son muy finos y muy creativos. Vas a cualquier negocio y la ropa parece hecha a medida.

Delia: ¡Qué suave es! Parece la piel de un bebé.

Eleonora: Es pura seda italiana.

Delia: Gracias, señora.

Eleonora: Los chicos te arruinan el cuerpo.

Delia sonríe.

Eleonora: No son los chicos. Soy yo que no paro de comer. Me tendría que coser la boca. ¿A vos siempre te cae tan bien la ropa?

Delia: No sé, señora.

Eleonora: Bueno, basta. Llevate todo. Si sigo mirando me va a dar pena darla. Está como nueva. Qué lástima que no tengas varones de la edad de Gabriel... ¡Te llenaba de ropa! Ese chico no paró de crecer, hay que comprarle ropa a cada rato. Sí, sí, llevate todo.

Delia, a espaldas de Eleonora, dobla la ropa y la pone en las bolsas. Eleonora está sentada en una silla cerca de la cama. De pronto, Delia le toma la frente por detrás y le apoya con fuerza un pañuelo en la nariz. Eleonora se resiste pero rápidamente se afloja, desvanecida. Con rapidez le sujeta las manos y luego los pies a una silla con una cinta de embalar. También le tapa la boca. La acomoda para que no se caiga.

Delia sale hacia el living y vuelve con su pequeña cartera. Ya sentada, saca un revolver 38 corto y lo pone sobre la falda.

Pasa un rato y Eleonora comienza a removerse, semiinconsciente. Ahogada por la cinta de embalar respira con mucha dificultad. Abre los ojos y mira a Delia con desesperación, su rostro enrojece. Se sacude desesperada en la silla.

Delia: No.

Eleonora se sofoca cada vez más.

Delia: Prométame que no va a gritar.

Eleonora apenas puede afirmar con la cabeza. Delia le quita la venda de la boca y Eleonora, jadeante, se va recomponiendo muy lentamente.

Eleonora: ¿Qué pasa?

Pausa.

Eleonora: ¿Qué me haces?

Se le cae la cabeza. Delia le apunta con el revólver. Eleonora trata de gritar pero no puede.

Delia: Señora, no intente gritar porque le tapo la boca. En la cancha de golf no hay nadie. Los vecinos no están. Ya pasó la ronda de seguridad y falta una hora para que vuelvan a pasar. Nadie la va a escuchar.

Eleonora: No me tapes la boca. Tengo asma.

Delia: Como mi hija más grande.

Pausa.

Eleonora: ¿Qué me... hicis...te?

Delia: El pañuelo tenía éter.

Eleonora: ¿Qué...?

Delia: Éter. El que usamos para hacer castrar la Trompis.

Eleonora: ¿La... quién?

Delia: La Trompis. La gatita de casa.

Pausa.

Eleonora: ¿Me estás... asaltando?

Vuelve a dejar caer la cabeza sobre el pecho. Sigue respirando con dificultad pero poco a poco va recuperando su lucidez.

Eleonora: ¿Querés plata?

Delia no contesta.

Eleonora: ¿Plata, eh, plata? Agarrá mi cartera y andate. No voy a hacer nada, te lo juro.

Delia continúa en silencio.

Eleonora: ¡Baja ese revólver, querés! Llevate las joyas. Están en la cómoda.

Delia calla.

Eleonora: No me hagas nada, te lo pido por favor. Es todo lo que tengo, te lo juro. ¿No me vas a matar, no?

Delia: No, señora.

Eleonora: Vos tenés familia igual que yo, Delia. Soy madre igual que vos. (*Pausa.*) Está bien. Las joyas de valor están en una caja fuerte detrás del cuadro de flores... También hay papeles pero a vos no te van a servir. Agarrá todo y andate. Puede venir alguien. Viene a buscarme Liliana para jugar al tenis.

Delia: Liliana viene más tarde, cuando baja el sol. Además no está.

Eleonora: ¿Cómo sabés?

Delia: Por la chica que limpia, señora. Me dijo que se iban a Cariló a alquilar la casa.

Eleonora: Sabés todo.

Delia: Sí. Macarena se quedó en Capital. Gabriel está jugando al fútbol con sus amigos, su esposo está en Perú por la empresa.

Eleonora: Me tenés vigilada.

Delia: Sin querer, señora.

Eleonora: ¿Cómo sin querer si me estás robando?

Delia: Ahora sí queriendo, pero antes sin querer. Ustedes están en su casa, hablan en voz

alta, señora. Hablan como yo hablo en mi casa. Y una escucha. Limpia y escucha sin querer.

Pausa.

Eleonora: Yo te traté bien. En la puerta te elegí entre un montón de chicas. Me pareciste limpia, seria, buenita. ¡Y mirá lo que me hacés!

Delia: Usted no me eligió, señora.

Eleonora: No me humilles: no me digas "señora". Yo te elegí.

Delia: Usted no me eligió. Yo la elegí a usted.

Eleonora: ¿Ah... sí?

Delia: Sí.

Eleonora: Para robarme.

Pausa.

Eleonora: ¡Estás loca! No se asalta una casa de un country. Hay seguridad por todos lados. No hay forma de salir. Esto termina en desastre. Agarrá la plata, las joyas y andate ya. La clave de la caja es 22894.

Delia: El nacimiento de Macarena. 22 de agosto de 1994.

Eleonora: ¿Cómo lo sabés? Me espías.

Delia: No. En agosto usted se lo celebró acá y yo vine a ayudarla, ¿se acuerda? Vinieron sus compañeras del colegio en un micro.

Eleonora: ¡Sos una perversa!

Delia: Si grita le tapo la boca.

Eleonora: 22894.

Delia la mira sin contestarle.

Eleonora: ¿Qué esperás? Agarrá todo y andate. No voy a hacer nada. No te voy a denunciar.

Delia sigue sin contestarle. Eleonora la mira sorprendida, mientras sus ojos se agitan al compás de sus pensamientos silenciosos.

Eleonora: ¡Estás esperando a alguien!

Delia no contesta.

Eleonora: ¿Estás esperando a alguien?

Delia: Sí.

Eleonora: Al jardinero. El que limpia la pileta. ¿Alguien de afuera? Alguien de afuera no puede ser. No lo dejan entrar. Es un secuestro... express. ¿Cómo pensás salir del country? ¿Vas a llamar a mi familia? A papi no, que está enfermo. ¿Cuánto quieren? No metas a mi familia en todo esto. No hagan locuras, por favor. Vamos a terminar todos muertos. Hasta ahora, nadie salió lastimado. Pero si hacen locuras interviene seguridad y... empiezan los tiros. ¡Te hago un cheque! Tengo la chequera y te hago un cheque. No te lo anulo, te lo juro, lo podés cobrar. Pero andate ya. Pará a tu cómplice. Usá mi celular. Pero paralo.

*Eleonora comienza a llorar con desesperación.
Delia la mira en silencio.*

Eleonora: No me hagas nada, por favor, por favor, por favor...

Delia: Soy sola.

Eleonora: ¿No tenés cómplices?

Delia: No.

Eleonora: ¿Y entonces?

Delia: Nada.

Eleonora: ¿Cómo nada? Me tenés maniatada, apuntándome con un revólver... ¿Cómo nada?

Delia: No le voy a hacer nada, señora.

Eleonora: Si te vas ahora, pasás por la entrada y se termina todo.

Delia: No le quiero robar, señora.

Eleonora: ¿Qué querés entonces?

Delia se enjuga unas lágrimas que caen por sus mejillas.

Eleonora: ¿Qué te pasa? ¿Por qué llorás?

Delia: Mi madre adoraba a su hermano mayor, mi tío Carmelo. Un muchacho robusto. Todos los hombres en mi familia son grandes. Vivían cerca del gran río, el Paraná. Vivía en Uñabatí, un pueblo pequeño de Paraguay enfrente de la costa argentina. "Llévame a la Argentina, Carmelo, llévame", cuenta mi madre que le decía. "Si te portás bien", le contestaba él. Entonces algunos sábados cruzaban juntos el río. Y mi mamá, dice que mi tío Carmelo iba a visitar a una mujer. Era un hombre lindo. Dejaba a mi mamá jugando en el patio con otros chicos y él se metía con esa mujer en una pieza. Al atar-

decer volvían en el bote. Cuando mi mamá ya tuvo edad para decidir se vino a la Argentina. Teníamos parientes en San Miguel y vivió con ellos unos años. “Los parientes me hacían trabajar como una sirvienta. Y para sirvienta preferí que me pagaran”. Le costó bastante hablar español porque ella sólo sabía guaraní pero fue aprendiendo. Cuando empezó a trabajar cama adentro ya hablaba muy bien. A veces se le escapan todavía algunas palabras en guaraní. Era limpia, callada, siempre hacía quedar muy bien a los patrones. ¿Me escucha, señora?

Eleonora: Sí, sí., pero... tenés que irte, Delia.

Delia: Sí, sí, rápido, señora. Trabajó, trabajó, ahorró plata, ocupó un terreno en La Litoral, la villa que está cerca de las vías. ¿La conoce?

Eleonora: ¿La que se ve desde la autopista?

Delia: Sí, allí somos todos paraguayos, correntinos y misioneros. Casi todos parientes. Con sus ahorros se hizo una casa y después, recién después, se casó. Nacimos mis cuatro hermanos mayores y yo. Un día el hombre se fue y mi mamá nos crío sola a todos. A veces nos llevaba a verlo: “Tienen un padre, sepan” pero el hombre no nos quería ver, tenía otra familia y nos gritaba que no quería que le arruináramos la vida. Un día se puso violento y no volvimos más. Yo dejé el secundario y salí a trabajar en una tienda en San Fernando. Primero hacía la limpieza, luego atendía gente y después me pusieron en blanco.

Eleonora: Delia...

Delia: Yo era de salir a bailar, me gustaba mucho bailar y como algún dinerito tenía...

Eleonora: Delia...

Delia: Novio, lo que se dice novio fijo no tuve. Después sí y me casé. "Venite a vivir cerca, yo te voy a ayudar con los chicos", me dijo mi mamá. Y nos hicimos una casa a tres pasillos de la de ella.

Eleonora: ¡Delia!

Delia: Sí, sí. Ya termino, ya, ya. Tuve hijos: tres. Y ahora tengo dos. El padre después de lo que nos pasó se fue con una negrita pero la casa me la quedé yo. Tuve tres y ahora dos. El 5 de... ¿qué número de mes es junio?

Eleonora: No sé..., 6.

Delia: El 5 del 6 del 2010...

Delia se queda callada y baja la cabeza. Respira profundo, su espalda se afloja.

Eleonora: ¿Te sentís bien?

Delia: Sí, ya se me va a pasar.

Eleonora: ¿Necesitás algo?

Delia: No, ya me pongo bien.

Delia se levanta y sale lentamente del dormitorio.

Eleonora: En el botiquín del baño hay alcohol...

Se escuchan ruidos en el baño. Delia vuelve a entrar mientras mira su reloj pulsera.

Eleonora: Hace calor acá. Poné el aire acondicionado.

Delia, soltame, yo te atiendo.

Delia: No puedo.

Eleonora: No me cuentes más. Ya está. ¿Qué hacemos las dos solas acá, hablando como locas?

Delia: Ya me siento mejor. Termino. Es muy importante para mí.

Eleonora: Necesitás ayuda. Andá al hospital y buscá un psicólogo. O yo te pago uno particular. Vos no podés estar así. Tan angustiada. Tenés familia. Podés hacer alguna locura.

Delia hace una pequeña pausa y retoma su confesión.

Delia: El 5 del 6 del 2010. ¿Recuerda?

Eleonora: No.

Delia: Yo sí. El 5 de junio del 2010, a las 11 de la noche su marido atropelló a mi hijo y lo dejó tirado. Lo mató como un perro.

Eleonora suelta una exclamación que le sale desde el fondo de sus entrañas. Pausa larga.

Eleonora: No recordaba... fue una desgracia terrible para nosotros. Yo la quiero olvidar.

Delia: Yo también pero no puedo.

Eleonora: ¿Me vas a matar?

Delia: Sí.

Eleonora: Es una locura. ¿Por qué?

Delia: Porque ustedes mataron a mi hijo.

Eleonora: No es así. Tu hijo se cruzó frente a la camioneta. Salió de repente. Raúl, mi marido, se lo vio encima y no pudo hacer nada. Vos no sos una mujer que vaya a matar a nadie, Delia.

Delia: Su marido tampoco era capaz de matar a nadie, y sin embargo...

Pausa.

Delia: Los amigos de Carmelo, mi hijo tenía el mismo nombre que su tío abuelo, dijeron que la camioneta venía muy rápido, que mordió el cordón y se fue hacia la banquina cerca de las casas.

Eleonora: Delia, ¿Quién te dijo eso? Tu hijo estaba solo. Sus amigos estaban en la otra cuadra tomando cerveza... No podían ver nada. Además...

Delia: Además... ¿qué?

Eleonora: No lo quiero decir. Te vas a enojar y tenés un revólver.

Delia agita el revólver en el aire.

Delia: Diga, diga.

Eleonora: La autopsia dijo que tu hijo tenía mucho alcohol en sangre y había fumado porro.

Delia baja la cabeza.

Eleonora: Ninguna madre puede estar segura. Qué se yo si los míos no fuman. En el juicio ninguno de sus amigos dijo lo que vos decís.

Delia: Porque tenían miedo. Unos policías de civil de la departamental los amenazaron en la calle.

Eleonora: ¿Y por qué no hicieron la denuncia?

Delia: Señora, ¿voy a ir a la policía a denunciar a la policía? ¿Y el peritaje? ¿Por qué no hicieron el peritaje en la ruta?

Eleonora: Lo hicieron. Pero no se pudo comprobar que el dibujo era el mismo de las ruedas de la 4x4.

Delia: No me diga lo que no se pudo comprobar. Le estoy hablando de lo que fue. Que su marido atropelló a mi hijo y lo mató ahí mismo. Y además lo dejó tirado.

Eleonora: No hablo más con vos. Me tapás la boca, me tenés apuntada y te tengo que decirte a todo que sí.

Delia: No la apunto más.

Delia deja el revólver a un costado.

Eleonora: Soltame.

Delia: No.

Eleonora: Entonces no hablo. Hací lo que quieras. Matame si querés pero no hablo.

Pausa.

Delia: Está bien. Hablo yo. Todas son mentiras del principio al fin. Mentira que venía despacio.

Los vecinos de varias cuadras antes escucharon chirriar las ruedas, mentira que no derrapó frente al kiosco, las marcas quedaron, se escuchó la frenada. Mentiras que no se bajó. Los amigos de mi hijo vieron la camioneta parada en el medio de la calle con las luces encendidas. En un barrio se sabe todo. Todo el mundo mira y las mujeres hablamos entre nosotras. Como usted y yo ahora. Mentiras que no hay testigos. Hay testigos pero tienen miedo. La departamental les metió miedo a todos. ¿Y por qué? Porque ustedes le pusieron plata.

Eleonora: Eso no es verdad.

Delia: Está mintiendo, señora. Una chica, que está de novia con un muchacho de la comisaría quiso averiguar y él le dijo que no podía hacer nada porque hasta el comisario estaba metido.

Eleonora: No, yo no lo hubiera permitido.

Delia: ¿Seguro?

Pausa larga.

Eleonora: Yo no sé lo que hace mi marido. Él tiene sus cosas, su trabajo, su empresa y yo no sé nada. Cuido los chicos. Siempre fue así. No sé nada.

Delia: ¿Y por qué yo lo sé y usted no?

Eleonora: Yo le creo. Es mi marido.

Delia mueve la cabeza mientras mira hacia abajo.

Delia: Mentira el juicio. Por eso no fui a ver esa farsa. Sí, Carmelo estaba borracho y con

marihuana encima. Pero... ¿su marido no? ¿De donde venía?

Eleonora: Había ido a jugar un torneo de golf.

Delia: Y se quedaron a comer un asado, ¿no? Eso dijo. ¿Y no tomó? ¿Y ahora qué? ¿Carmelo, qué? ¿Estaba vivo y ahora qué? ¿Ahora es algo que se puede tirar a la basura? ¿Y el que lo mata, nada?

Eleonora: La justicia...

Delia: La justicia... ¡Nada! El padre de los chicos se fue con una negrita. Hizo otra familia, tiene otro varón. Yo, no. Yo sé que como madre me equivoqué. Que tengo mucha culpa, porque lo malcrié. Le permití que dejara la escuela, pero a esa edad ya no hacen caso. Le daba plata para el cyber, para las salidas, para sus "Damas Gratis". Tenía miedo que se me metiera en cosas raras. Porque si no tienen plata se meten en cosas raras. Yo tengo mi culpa... ¡pero yo no lo atropellé! Lo chocó su marido y lo dejó tirado como un perro.

Yo me morí con él, la familia se murió con él. Ahora tenemos que agachar la cabeza frente a los vecinos que saben que perdimos un hijo y nos la tenemos que aguantar. Yo vivía sonámbula. Me devoró la cama y me dejó morir con él.

Pausa.

Delia: ¿Sabe qué me dio fuerza?

Eleonora: Dios.

Delia: Dios, no. La venganza me dió las fuerzas que yo había perdido. Me sentí fuerte para venir los sábados a buscar trabajo en la puerta del country, hacer todo para que usted me eligiera. Me sentí fuerte y alegre cuando quedé fija, como yo quería. Fuerza y alegría de venir todos los fines de semana, de aprender cómo se movía la familia: los viajes de su esposo, el tenis suyo, qué hacían los chicos. Macarena... cuándo venía, cuándo no. La venganza me dio fuerza.

Delia mira insistentemente su reloj pulsera. Está inquieta.

Ambas mujeres guardan silencio unos minutos que parecen eternos. De pronto Delia se levanta como un resorte, toma la cinta de embalar y tapa la boca de Eleonora que se resiste. Intenta gritar "¡no!" pero la venda la calla.

Se escucha el ruido de un motor que se acerca a la casa.

Los ojos de Eleonora, presa de la desesperación, se salen de sus órbitas. Se agita en la silla, que se bambolea y cae. Delia se pone de pie y toma el revólver.

Sale hacia el living. El motor, parece un scooter, retumba en la galería. Se apaga. Todos los ruidos de la casa se amplifican: los botines sobre el piso de cerámico, la puerta del mosquitero que se abre, la otra puerta. La voz de Gabriel, el hijo menor de Eleonora, desde el living: "¡Ma..., vieja, vieja!". Tres disparos. Un ruido sordo de un cuerpo que cae. Silencio.

Eleonora llora en el suelo. Su rojo rostro se agita impotente. Unos instantes después entra Delia. Se sienta en la silla con el revólver en la falda. Llora en silencio mientras seca sus lágrimas con la blusa italiana.

Oscuridad y silencio.

Delia: ¡Mentiras!

La escena se vuelve a iluminar.

Delia: Mentira el juicio. Mis hijas fueron al juicio a gritar y putear pero yo no fui a esa farsa. Sí, Carmelo estaba borracho y con marihuana encima. Pero... ¿su marido no? ¿De dónde venía?

Eleonora: Había ido a jugar al fútbol, creo.

Delia: Y luego se quedó a comer un asado, ¿no? Eso dijo. ¿Y no tomó? ¿Y ahora qué? ¿Carmelo, qué? ¿Vivió y qué? Carmelo... a la basura. ¿Y el que lo mata nada?

Eleonora: La justicia...

Delia: La justicia... ¡Nada! El padre de los chicos se fue con una negrita. Hizo otra familia, tiene otro varón. Yo sé que como madre me equivoqué. Yo sé que tengo mucha culpa. Lo malcrié. Le permití que dejara la escuela, pero a esa edad ya no hacen caso. Le daba plata para el cyber, para las salidas, para su "Damas Gratis". Tenía miedo que se me metiera en cosas raras. Porque si no tienen plata se meten en cosas raras. Yo tengo mi culpa... ¡pero yo no lo atropellé! Lo chocó su marido y lo dejó tirado como un perro.

Yo me morí con él, la familia se murió con él. (Al público.) Y ahora ¡chito! calladitos la boca. Agachar la cabeza. Nos matan un hijo y nos la tenemos que aguantar. Durante meses viví como sonámbula. No recuerdo qué hacía. ¿Sabe qué me dio fuerza?

Eleonora: Dios.

Delia: Dios, no. Fue la venganza. Me dio la fuerza que yo había perdido. Fuerza para venir al country y entrar a trabajar, para venir los fines de semana y disimular como si nada. Aprendí como se movía la familia. La venganza me dio fuerza.

Delia mira insistentemente su reloj pulsera. Está inquieta.

Ambas mujeres guardan silencio unos minutos que parecen eternos. De pronto, Delia se levanta como un resorte, toma la cinta de embalar y tapa la boca de Eleonora que se resiste. Intenta gritar un "¡no!" ahogado cuando escucha el ruido de un motor que se acerca a la casa.

Los ojos de Eleonora son la pura desesperación. Se agita en la silla, que se bambolea y cae. Delia se pone de pie y toma el revólver. Sale hacia el living. El motor, parece un scooter, retumba en la galería. Se apaga. Los ruidos de la casa se amplifican: los botines sobre el piso de cerámico, la puerta del mosquitero que se abre, la otra puerta. La voz de Gabriel desde el living: "¡Ma..., vieja, vieja!"

Al momento de disparar, Delia desvía el revólver del cuerpo de Gabriel y dispara hacia el te-

cho. Gabriel se tira al suelo para protegerse pero al ver a Delia con la cabeza gacha y los brazos caídos, se incorpora y va con violencia sobre Delia. La golpea, la derrumba y la desarma.

Gabriel: ¡Hija de puta, negra hija de puta! Te voy a matar. ¿Qué hiciste? ¡Te voy a matar! ¿Dónde está la vieja? ¡Mamá, mamá, mamá!

Se escuchan su carrera hacia el dormitorio. Entra desencajado. Desata a Eleonora y le destapa la boca. Ambos se abrazan con intensidad mientras se besan en el rostro.

Gabriel: ¿Estás bien, vieja, estás bien, vieja? ¿Qué pasó? ¿Estás bien? Mami, mami querida. Decime que no te hizo nada esa negra de mierda. La mato, la mato.

Eleonora cubre de besos a su hijo.

Eleonora: Mi cuerpo, mi cuerpito, mi cuerpito.

En la puerta, con el rostro ensangrentado, aparece Delia. Gabriel se levanta para enfrentarla. Su madre lo detiene con un grito.

Eleonora: ¡No, Gabriel! ¡No! Vení, Delia. Acercate.

Eleonora va hacia Delia en cuatro patas. Toma la blusa italiana que ha quedado en el suelo y comienza a secarle la sangre del rostro.

Eleonora: Gracias, Delia, gracias.

Gabriel: Mamá, mamá. ¿Qué pasa?, ¿qué está pasando?

Eleonora besa las manos de Delia.

Eleonora: Gracias, gracias, gracias...

FIN

OCCIDENTE

de Jorge Huertas

(Versión de Edipo Rey de Sófocles)

A María Eugenia Lanfranco

ELENCO

Sergio Lobo, Silvia Ruivo, Verónica Calderón, Carlos Orlando, Marcelo Ergas, Lucía Ayoroa, Ramiro Santos.

VESTUARIO

Anastasia Meier.

ESCENOGRAFÍA

Félix Padrón, Jorge Luis Ramírez, Jimena Valman.

MAQUILLAJE

Verónica Calderón.

LUCES

Félix Padrón, Jorge Luis Ramírez, Jimena Valman.

REALIZACIÓN DE PELUCAS

Martina Díaz Lacey, Agustina La Ferraro.

DISEÑO GRÁFICO

Juana Córdova.

ASISTENCIA

Cristian Domini.

ASISTENCIA DE DIRECCIÓN

Matías Aguirre.

PRENSA

María Negro.

DISEÑO DE MOVIMIENTOS

Omar Saravia.

DIRECCIÓN

Jorge Huertas.

Estrenada en el **Patio de Actores**, en julio de 2022, CABA.

Personajes:

Edipo, capo de Tebas.

Yocasta, esposa y madre.

Antígona, hija.

Creón, cuñado.

Medusa, hija de la Esfinge.

La Tiresias, adivina.

El Abeja, pibe de confianza.

Tebas, tiempo y no tiempo del Mito.

PESTE

Abeja: ¡Peste!

Antígona: ¡Peste!

Abeja: ¡Peste y cuarentena! La peste nos está matando. Acorralados por un mosquito se derrumban los cuerpos que tanto costó construir.

Antígona: Tebas, mi hogar en el conurbano profundo. Laberinto de pasillos de un Dédalo sudamericano.

Abeja: Me persigo, me maquino, me flasheo que en cualquier momento me clava su puñal-cito traicionero. Laburantes encerrados en sus casas y la cana con sus virus de plomo en la recámara.

Antígona: Este es el patio. Hay, como se ve, una mesa con mantel de hule y varias sillas en desorden.

Abeja: Peste de mierda que siempre vuelve. ¡Peste yuta! ¡Peste ratis! ¡Peste gorra! Los mosquitos se relamen en las aguas estancadas.

Antígona: Tachos, palanganas con agua sucia y una cubierta de auto.

Abeja: Al calor de las letrinas las larvas del *Aedes Egypti* hacen su hogar, su dulce hogar.

Antígona: Ramas de olivo que son inútil súplica. Hay una Pelopincho pequeña y un flotador en forma de pato. Al costado, mi casa.

Abeja: Pibes sin escuelas ni recreos, viejos sin remedios, vecinos infestados, abuelas que agonizan.

Antígona: Estoy haciendo huevo. El tiempo se alarga interminable. No pasa nada.

Abeja: Los hospitales desbordan.

Antígona: Dios ha muerto.

Abeja: Dios ha muerto.

Ambos: Dios ha muerto.

Antígona levanta el pato de plástico y le da un beso en el pico mientras se saca una selfie.

Antígona: Escribo en Twitter "El amor es ciego, jajaja": 27 caracteres. Me pueden encontrar en el hashtag #antigonadetebas

El Abeja, capucha y llantas blancas, tiene un puñado de papeles en la mano y baila. Al verlo Antígona tuerce la cara y entra en su casa. Lo espía a través de la cortina de hule.

Antígona: Le saco varias fotos. Adjunto y escribo 29 caracteres: "El mismo pesado de siempre".

Abeja: ¡Edipo! ¡Toro, Macho y Poronga! ¡Edipo!

Aparece Edipo: un criollo. Vientre de asado y cerveza. Ojotas, pulseras y cadenas de oro. Transpirado, ojeroso. En la cintura calza dos 9 mm. Se escucha el sonido de la tele.

Edipo: ¡Qué tanto grito! A mí se me habla bien.

Abeja: Perdón, señor.

Edipo: ¿Qué le pasa?

Abeja: Hace meses que el cinturón sanitario aprieta el cogote de Tebas y de todas las villas del Conurbano. Los jubilados se amontonan en la puerta...

Edipo: Paciencia. El mundo se construye con paciencia. ¿No sufrimos fiebre amarilla, gripe española, Chagas? Y aquí estamos todavía con la pistola martillada en el puño. Ningún virus nos va a vencer. Y menos aún las bandas de extranjeros que agachan la cabeza y devoran la generosa mano argentina que les da de comer.

Abeja: En las puertas de Tebas hay batallones de ambulancias. Los Fals de Gendarmería son la otra medicina. Nadie puede entrar ni salir. Hay hambre.

Edipo: Así es la peste. ¿Qué quieren los jubilados?

Abeja: Plata para las recetas. Lo de siempre: Sintrom, Corbis, Ibuevanol...

Edipo: ¿Ibuevanol?

Abeja: No, perdón. Ibupirac, Losartán, Pel-mec...

Edipo: Los viejos son una carga. Más viven, más quieren vivir.

Edipo escarba en sus bolsillos y saca billetes arrugados y se los tira al Abeja. El pibe los recoge del suelo y sale haciendo inclinaciones.

Edipo: Deje de dar vueltas y salgan a vender.

Abeja: Los aceitunas no dejan salir a nadie.

Edipo: Vendan adentro.

Abeja: No hay esquina, Edipo. Nadie agarra la calle. No se puede ir a trabajar y adentro no hay plata.

Edipo: ¿Usted avisó que no quiero que nadie robe acá adentro, no?

Abeja: Lo dejé bien clarito.

Edipo se aparta, toma uno de sus celulares. Marca.

Edipo: Hola, Soy yo. No te hagas la estúpida y atendeme. *(El Abeja se acerca sigiloso para escuchar la conversación.)* ¿Qué escucha, usted? ¿Qué se mete en la vida de los demás?

Abeja: ¿Una astilla, Jefe?

Edipo: Vaya, vaya. Después vemos.

*El Abeja sale a repartir la plata a los jubilados
Se escucha su voz: "Así, no. En fila, en fila".
Edipo marca otro celular.*

Edipo: Hola, ¿Carlos? (...) ¿Tenés novedades? (...) ¿Cuándo termina esta locura? (...) Yo estoy dando una mano pero necesitamos salir. (...) Si no nos mata la peste, nos mata el hambre (...) Teneme al tanto, hermano. Mi gente está inquieta.

Edipo se derrumba en la silla y comienza a tomar cerveza.

Antígona: Escribo en Twitter: "¿Ya se enfermaron? ¿Se murieron? Jajajjjj" 41 caracteres. No pongo emoji.

Embole total. Horas muertas. Tiempo sostenido entre una nada y otra. Mi hermana se fue, mis hermanos Etéocles y Polinices están peleados entre sí y por eso no vienen. Por suerte estoy comunicada. Mamá sale de casa. Es raro, hace días que está encerrada.

Yocasta: Anoche escuché disparos.

Edipo: Acá todo se celebra a los tiros: el gol a los ingleses, la visita del papa, hasta la peste...

Yocasta: La tele muestra que pusieron una bandera negra en la entrada.

Edipo: ¡Apagá la tele!

Yocasta: Estamos flotando en la nada, reaccioná. ¿Llamaste a alguien de arriba?

Edipo: Todo sigue igual.

Yocasta: La tele dice que los que mueren: cal y a la tosquera. ¿Sabés que en Santa Fe y Córdoba...?

Edipo: La tele te vuelve loca. Apagá esa máquina de mentir.

Yocasta: Por favor, Edipo, vámonos de acá. Empecemos de nuevo en otro lado.

Edipo: ¿Para qué? Acá tenemos de todo. Terminala con eso.

Yocasta: ¿Por qué no se armó quilombo? ¿Por qué no queman patrulleros? ¿Por qué la casa no está llena de gente como todos los días? ¿No escuchás el silencio que hay?

Edipo: Llamá a tu hermano.

Yocasta: No.

Edipo: Decime que querés. ¡Creón!

Yocasta: Nada, nada.

Edipo: Me quemás la cabeza. ¡Creón! ¡Creón!

Creón: Jefe...

Edipo: Se terminó la joda. Esto no da para más. Vamos a poner las cosas en su lugar. ¿Qué estabas haciendo?

Creón: Nada. Mirando...

Edipo: Boludeando. Andá a la entrada principal y les decís que nosotros vamos a salir igual.

Yocasta: Esperemos, jefe. No es el momento. En unos días la peste se termina.

Edipo: Eso dijimos hace meses y todavía sigue.

Creón: Es peligroso salir.

Yocasta: Sí, es verdad.

Edipo: Te la pasás tirado... con el celular, viendo tele... ¿Qué te pasa? ¿Tenés miedo?

Creón: No, no tengo.

Edipo: Sí, tenés miedo. No seas cagón, andá. Nadie te va a hacer nada. Vos sos yo.

Edipo chifla y aparece el Abeja.

Edipo: Acompañe a Creón.

Creón: No, no. Este pendejo es para problemas. Le faltan varios jugadores.

Abeja: Yo tengo el equipo completo, Don Creón.

Edipo: Usted se calla.

Creón: Me voy solo.

Creón sale. Edipo le hace gesto para que lo acompañe. Edipo vuelve a marcar el celu.

Edipo: Hola. No me cortes, Tiresias. (...) Te llamé varias veces y me ponés el contestador. (...) ¿Cómo que te fuiste? ¿Adónde te fuiste? (...) No, Tiresias, no. Yo necesito que vengas. (...) ¡Vení, te digo! (...) ¡Hola, hola! Cortó.

Edipo entra furioso en la casa.

MEDUSA

Alguien golpea las manos desde fuera. Medusa entra en el patio. Es una mujer de caderas y

pechos grandes, como las antiguas esculturas de terracota. Tiene su cabeza envuelta en un pañuelo colorido.

Antígona: ¿Quién vive?

Medusa: Yo, Medusa.

Antígona: Papá no está.

Medusa: No mientas, nena. Dejame pasar.

Antígona: Le digo que no está.

Medusa: ¿Querés que me saque el pañuelo?

Antígona: No, no, no.

Antígona huye espantada.

Antígona: Es la Medusa y su cabellera de serpientes. Si te mira a los ojos te convierte en piedra.

Entra en la casa llamando a padre. Durante la escena se la ve sacando varias fotos a Medusa.

Medusa: Salí, renguito.

Edipo: Nido de serpientes.

Edipo busca unos anteojos negros y se los pone. Aun así, evita mirarla de frente. Medusa estalla en carcajadas.

Medusa: ¡Qué papelón! Sacate los anteojos.

Edipo: Me vas a convertir en piedra.

Medusa: No te voy a mirar, te lo juro. ¿O estás ciego?

Edipo: La boca se te haga a un lado.

Medusa: ¿Te cuento una historia?

Edipo: No.

Medusa: Un morocho, no sé cómo hace, pero vence a mi santa madre La Esfinge. Con su labia, ojos verdes y astucia política se mete a Tebas en el bolsillo.

Edipo: Una historia edificante.

Edipo: Sigo: Arregla con la policía, se come la Sociedad de Fomento, la Cooperadora de la escuela, luego a los curas y al final a los evangelistas. No roba, roban para él. No mata, matan para él. Astuto en ardidés, como Ulises. ¿Te hace acordar a alguien?

Edipo: Tebas estaba rota en mil pedazos. Yo la hice fuerte y unida.

Medusa: ...y al final logra el favor de un dios plural y caprichoso: la chusma. Pero le faltaba la frutilla del postre: la política. Y también te la come.

Edipo: ¿Y a qué vienen tus sofismas? ¿Vos sabés qué está pasando?

Medusa: La evolución de las especies. Todavía no sé si sos el último de los anteriores o el primero de los venideros. Los peruanos y los bolivianos ya están...

Edipo: ¿Qué sabés de esa lacra?

Medusa: Hablá con más respeto, che, que esos pequeñitos sobrevivieron a varios imperios. Me extraña. Pensás con los pies. No seas pendejo, mirame.

Edipo: Me vas a convertir en piedra.

Medusa: Te doy a elegir. ¿Qué preferís ser: la estatua de un prócer o un enano de jardín? Está bien, no mires pero escuchá. Los dioses y los monstruos ya no somos lo que éramos.

Mientras hablan, Edipo se estira una línea de merca y aspira. Luego se pasa el dedo por la encías.

Edipo: Vaya novedad. Los dioses a mí también me abandonaron.

Medusa: Llorás como los curas. Tenés que plantarte y pasar a la ofensiva. Dejá de tomar, ¿querés?

Edipo: Nadie me va a vencer.

Medusa: Si hacés las cosas bien, no. Y pará con la merluza, que vas a sobredosis.

Edipo: ¿Traes un oráculo?

Medusa: Paso. Los únicos oráculos que quedan son el evangelio de San Juan y los dibujos de Xul Solar.

Edipo: Tebas está revuelta. Yo voy a poner las cosas en su lugar.

Medusa: El mundo está revuelto y va a tardar un par de siglos en acomodarse. Para ese entonces vos y yo flotaremos en el olvido. Pero yo te puedo ayudar ahora.

Edipo: A tu madre repugnante y monstruosa...

Medusa: Respetá los monstruos, che. Tus mayores con su filosofía, ¿para qué sirvieron?

Edipo: Sí, a tu madre la maté yo.

Medusa: Error. A mi pobre madre la mató tu filosofía. ¿Y qué hizo ella a la primera derrota? Se quitó la vida. ¡A la primera derrota! Más romántica que Madame Bovary. Con un poco de cinismo todavía estaría viva. No se supo reciclar. Se sacaba arrugas, se ponía botox y empezaba de vuelta.

Edipo: La Esfinge con tetas nuevas. (*Ríe.*)

También se escucha desde adentro la carcajada de Antígona.

Medusa: Callate, nena. Los mitos son duros de matar. Pero tienen tiempo útil. Después hay que cambiarlos. Se les acaba la pila.

Edipo: ¿Viniste a vengar a tu madre?

Medusa: Lo pasado, pisado. No guardo rencores. Vengo a ayudarte.

Edipo: ¿Cómo?

Medusa: Vos supiste armar tu pequeña mafia. Bien argentina, bien pyme, bien kiosquito. Y yo te voy a hacer salir de esta peste más fuerte, más invencible.

Edipo: ¿Qué oráculos hay que descifrar ahora?

Medusa: No rompás los ovarios con los oráculos. ¿Creés que porque te salió bien una, te van a salir todas? Hoy el dios invencible se llama Organización. La historia está a su favor. Mi madre y vos son iguales. Los dos creen en el conocimiento. Pero ahora somos lenguaje. Aire que sale por la boca y que nadie atrapa. Por

eso tu negocio de la falopa funciona. Yo te vengo con algo bien práctico. La peste es tiempo en carne viva y la oportunidad es ahora.

Edipo: ¿Entonces?

Medusa: Reorganizá tu poder ayudando a los enfermos, atendiendo a los niños. Te van a idolatrar. Tengo un plan.

Edipo: ¿Gratis?

Medusa: Bueno, algo de plata siempre hay que poner. Comprá insumos para la Sociedad de Fomento. Para la escolita: lavandina y mucha agua mineral. Repartí jabones y alcohol entre los vecinos, alimentos no perecederos para las mamás y pagá más recetas de los jubilados. Ah, y proyectando a futuro, no ahora, vos y yo vamos a hacer...¡cloacas! Que es lo que prometen todos.

Edipo: ¿Ahora cuánto necesitás?

Medusa: Los niños caen como moscas. Los deshidrata la fiebre y se ahogan, pobrecitos.

Edipo: Haceme una lista con lo básico y ponle un número.

Medusa: Acá está. Un presupuesto a grosso modo. Ah, los evangélicos dicen que están sin dinero. Hay que agregarlos.

Edipo: Que se lo pidan a Norteamérica.

Medusa: No seas cruel. Es gente que también se está muriendo. Esto para empezar. Después comprá sondas, mascarillas, tubos de oxígeno...

Edipo le da la espalda y lee la lista.

Edipo: ¡Sos peor que tu madre!

Medusa: ¿Qué pasa?

Edipo: Me estás robando. Anteayer me pidieron lo mismo y la plata era mucha menos.

Medusa: No sé, serán otros proveedores.

Edipo: ¿Para qué querés la plata?

Medusa: Caridad cristiana, Edipo.

Medusa se va alejando para salir de la casa. Edipo martilla la 9 mm. El ojo cíclope de la pistola apunta a los fuertes sollozos de Medusa.

Medusa: No dispaes, Edipo, no dispaes.

Edipo: ¿Para qué querés la plata? Decí la verdad.

Medusa es mitad tristeza, mitad manipulación.

Medusa: No me mates. Soy una débil mujer. No me voy a quedar en esta villa de mierda para que la peste me liquide. ¿Conocés a Nimio González, el paraguayo que vive pegado a las vías?

Edipo: Sí, claro.

Medusa: Bueno, tiene un agujero para salir. Pero le tengo que pagar. (*Imita a Nimio González pidiéndole más dinero porque tiene que agrandar el agujero.*)

Edipo: Te sale muy caro.

Medusa: Sí. Me cobra el doble porque dice que tiene que agrandar el agujero. Y tiene razón. Durante la peste, por la angustia, engordé

un montón. También tengo que pagarle a la cana y necesito plata para los primeros días afuera: hotel, comida, viáticos. No me mates, Edipo... Vos tenés tu negocio pero, ¿yo qué tengo? Mirá.

Se saca el pañuelo que envuelve su cabeza y las serpientes, momificadas y grises caen lacias, sin vida, ridículas. Edipo ríe a carcajadas.

Medusa: Sí, están muertas, Edipo. Con mamá viva yo era un buen partido. Tenía mi marketing del terror: una cabellera enrulada de serpientes, mis ojos que te volvían piedra. Pero ahora nadie me respeta. ¿Qué hago entonces? ¿Me junto con un negro cualquiera para que me llene de hijos?

Edipo: No todo es lenguaje, Medusa. Si ahora aprieto el gatillo, la bala es.

Medusa: Es verdad. Las armas son la única religión que existe. Si no, preguntale a los norteamericanos. Edipo: si esperamos que el lenguaje nos salve, estamos fritos. Mirame. No seas cagón.

Edipo: Haceme piedra de una vez por todas.

Medusa: ¿Te querés morir?

Edipo: Sí.

Edipo abre los ojos y ambos se miran durante un buen rato.

Edipo: ¿Y?

Medusa: ¿Qué te dije?

Edipo: Me mirás y no pasa nada. Le tengo miedo a nada.

Medusa: El mundo de mamá desapareció. Y el tuyo también. La fe es agua estancada. Sobre el mundo de la nada, flotan como esponjosas nubes, las palabras. Y reina la Organización, la diosa del ocaso.

La Medusa, rotunda y segura, va hacia la puerta.

Edipo: ¿No me vas a hacer de piedra?

Medusa: (Ríe.) Disfruta tu náusea, Edipo. Disfrutala hasta la última gota.

Edipo queda. solo. Mete el dedo en la bolsa y se lo pasa por las encías. Los mosquitos le pican los tobillos y él los espanta a cachetadas. Toma birra, se ablanda sobre la mesa y cae en sopor.

ENCRUCIJADA

Antígona: Estoy inspirada. Me bajo los pantalones, saco cola, muestro la tanga, pongo trompita. Selfie de mi cola. Posteo. "Para las pendejas de la previa que siempre me bardean".

Abeja: Este buey blando y derrumbado fue en su tiempo un enorme Tauro. La revelación del

destino siempre es una escena. En fin, el teatro del mundo.

Calles de tierra, zanja a los costados. Suburbio profundo del oeste. Madrugada de sábado, invierno. Esta escena da vueltas hace siglos pero no todos la ven y mucho menos la entienden. Un renguito flaco camina por el medio de la calle. Fue a bailar a Terremoto Tropical. Un rosario de ladridos acompaña su paso. El guacho, nunca mejor dicho, escucha desde siempre susurros en su cabeza y no los comprende. Hace changas, se levanta minitas y sueña con algún día tener una casa de material. Empieza la secundaria pero repite y repite. Piensa en dejar y como última oportunidad va a la nocturna. Es avisado, despierto, tiene labia y ojos verdes. Se levanta a una profesora con ideas sociales, cogen y ella consigue que le den por terminado el secundario.

La helada cae sobre los barrios y el bondi no aparece. Dentro de nada, en menos de un minuto, vivirá las vísperas de su verdadera vida. No la que vive ahora como un sueño. Camina lo más pancho, liviano, desentendido de su destino. Lo mismo que nos pasa a todos.

Estruendo de luces amarillas: una moto viene a toda velocidad. Se corre hacia la vereda. Él no se mete con nadie. Lo que sucedió, como ahora mismo está por suceder, es casualidad, azar. El tiempo dirá si buena o mala suerte. En fin, el capricho de los dioses.

No importa que él se corra porque igual la moto luminosa se le viene encima con toda la furia de Ares, con la voracidad del mismísimo

Cronos que se come a sus hijos. A último momento logra pegar un salto y la esquivar. La moto pasa, frena con graznido de cuervo carroñero y se enfrenta a Edipo.

¿La calle es tuya? Edipo no logra organizar su cabeza. ¿Sabés quién yo soy? Cagué. Un pasado de merca, piensa. Capaz que tiene un arma. En medio de la noche suburbana, siente miedo. La moto pega un salto de animal hambriento y lo apunta para partirlo en dos. 200 kilos de metal, cincuenta caballos de fuerza. Trata de esquivarla pero una rueda le pisa el pie. Puta madre, siempre el pie. Siempre el fuego en los tobillos. Siempre el Citerón.

La esquivar sí y al pasar la patear con fuerza. Jinete y cabalgadura se bambolean y chocan contra un árbol. Luego, caen en la zanja. La rueda trasera gira y gira en el aire y el hombre se hunde en el agua inmundar. El casco se sacude. Los perros de la cuadra ladran a coro. Son animales pero entienden lo que pasa. Mejor que Edipo, que contempla mansamente cómo el hombre se ahoga. Una ventana se ilumina pero nadie se asoma. Edipo apura el paso arrastrando su pie lastimado. Sangra, siempre sangra, siempre se despelleja. En los pies ardientes siente una y otra vez la maldición de haber pisado la tierra. Edipo y sus pies martirizados. Corre y escucha cómo chapalea en su propia sangre dentro de la zapatilla. Cae en descampados, cruza baldíos, se arrastra por murallones de fábricas abandonadas. Mira el cielo que empieza a clarear. Esos cielos argentinos que Favio filmaba tan lindo. Ignora que

mató a su padre. Su padre, una porquería, un mal bicho, un tipo de mierda. Crí-crí, crí los grillos en los pajonales, crí-crí. Edipo no ha nacido con suerte, le dice una rana a la otra. Sí, sí, es verdad.

Todo respira la santidad de las cosas, todo menos Edipo. (*Alguien canta.*)

Abeja: ¿Escuchan? Viene lo negro.

LA TIRESIAS

(*Voz destemplada con pretensiones líricas.*)

*"Salve argentina, bandera azul y blanca,
jirón del cielo en donde impera el sol;
tú, la más noble, la más gloriosa y santa;
el firmamento su color te dio..."*

Antígona, al escuchar el canto sale de la casa. Edipo se despierta. Entra La Tiresias, travesti adivino. Uñas pintadas, altos senos de plástico que contrastan con su extrema flacura. Detrás de esa máscara grotesca se esconde un puma. Antígona furiosa se interpone entre su padre y la Tiresias.

Tiresias: Calma, muchacha. Que si yo fuera más entera podrías ser mi hija. ¿Qué le pasa al antiguo Tauro?

Edipo: Dejala pasar.

Antígona: Sólo trae desgracias, papá.

Tiresias: ¡Vía, chiquilina! Aquí se quedan los que tenemos badajo.

Edipo con un gesto ordena que Antígona se vaya. Como ella no quiere moverse la echa con un grito.

Antígona: Sacate la mala junta, papá. Se aprovechan de vos. Tiresias se acerca a mi viejo. Subo un videíto a Tik-Tok y le escribo un copete: "Engendro y deformidad: videncias negras". Mamá, mirá quién vino. (*Entra.*)

Tiresias: ¿Qué se te frunce?

Edipo: Es un día raro.

Tiresias: Y todavía no terminó.

Edipo: La peste nos hunde en un infierno blando.

Tiresias: Pasa lo de siempre: la Argentina se protege y a nosotros nos tiran a la basura.

Edipo: ¿Es verdad que están cercadas todas las villas?

Tiresias: Así dice la televisión.

Edipo: Me huele mal.

Tiresias: La maldición siempre huele mal.

Edipo: ¿Qué está pasando acá?

Tiresias: ¿No estás enterado?

Edipo: Decí lo que sabés.

Tiresias: Muere gente. ¿Qué más?

Edipo: Nadie sale a trabajar. Ismena se fue, los soldaditos no aparecen, no se vende nada.

Tiresias: Para que te compren tienen que estar vivos.

Edipo se le acerca, la abraza y la acaricia. Intenta que le chupe el dedo con polvo y ella lo rechaza. Aparece agitado el Abeja.

Tiresias: ¿No se puede hablar tranquila en esta casa?

Abeja: La gorra se lo llevó a Creón.

Edipo: Me está jodiendo.

Abeja: Lo vio todo el mundo.

Edipo: ¿Le pegaron?

Abeja: No. Pero lo metieron en el patrullero.

Yocasta: ¿Qué pasa?

Abeja: La policía se llevó a Creón.

Yocasta: No puede ser. ¿Y qué hace este acá?

Tiresias: Me llamó tu marido.

Yocasta: ¿Mi hermano preso y vos te andás refregando?

Edipo: Calmate. Ahora llamo.

Yocasta: Mamarracho.

Tiresias: Conventillera.

Yocasta: Disfrazado.

Tiresias: Chiruzá.

Edipo: *(Marca el celu.)* Hola, soy yo Edipo. ¿Viejo, qué pasó con Creón? (...) Ah... Esperá. Te pongo en altavoz para que te escuche mi mujer.

Tiresias: Me voy. No estoy para hacer sociales.

Edipo: *(Tapa el celu.)* ¡Quedate! *(Pone en altavoz.)* Repetime lo que me dijiste. *(La voz del*

celular dice: "Yocasta: tu hermano vino acá queriendo salir. No se puede salir. Tuvimos que meterlo en el patrullero. La gente está muy nerviosa. En otros lados ya empezaron las balas de goma. Es orden de arriba..., ¿me entendés?")

Edipo: Voy para allá. (*La voz del celular dice:* "No hace falta. Enseguida te lo largo. Pero cágalos a pedos.") (*Edipo corta.*)

Yocasta: Es mi hermano. Yo voy.

Edipo: ¿No escuchaste? Enseguida viene.

Yocasta: ¿Y me quedo a ver a mi marido refregándose con otro?

Tiresias: Con otra, señora. O-tra.

Yocasta: Si cuando vuelvo todavía estás, los mato a los dos.

Yocasta le tiende la mano al Abeja.

Tiresias: Mirá por lo que me hacés pasar. ¿Qué querés?

Edipo: Necesito conocer el futuro.

Tiresias: Es una preocupación bastante generalizada.

Edipo: Dame un oráculo.

Tiresias: Yo me hice muchos enemigos por decir la verdad. Ahora hago como la tele: digo lo que la gente quiere oír.

Edipo: Ya no me querés.

Tiresias: Con todas las que me hiciste, estoy acá. ¿Te parece poco amor? Si yo hubiera estado entera te daba mejores hijos que esa mona. ¿Por qué la dejaste ir?

Edipo: Para estar a solas con vos.

Edipo la abraza con los retazos de pasión que aún le quedan.

Tiresias: Te dije basta y es basta.

Edipo: Será una mona pero tuvo a mis hijos en su panza, cosa que vos no podés.

Tiresias: ¿Y qué te salieron? Abonados de Batán, de Sierra Chica, de Devoto. (*Lagrimosa.*) Seguís siendo igual. Te gusta hacerme sufrir.

Edipo: Perdoname, Tiresita. Yo te quiero.

Tiresias: Querer es otra cosa. Vos no podés sentir amor. Cuando te pedí que me ayudaras a poner la peluquería... hasta nombre tenía: "Petite maison". Y me dijiste que no.

Edipo: Te ibas a ir de Tebas, te iba a perder.

Tiresias: Vos, vos, vos siempre vos. Y ahora me llamás para usarme otra vez. Como hiciste toda la vida.

Edipo: Esto no es una peste, ¡es una razzia! Voy a salir a los balazos.

Tiresias: Edi, Edi, no ves la realidad. Y si la vieras, tampoco podrías hacer nada.

Edipo: Los mantuve a todos durante años y ahora no aparecen.

Tiresias: Cada cual cuida su salud. ¿Por qué vendrían a buscarte?

Edipo: Yo los salvé de la Esfinge.

Tiresias: Vivís de glorias pasadas. La Esfinge es prehistoria. El mundo cambió.

Edipo: A mí no me van a ganar unos guanacos recién salidos de las sierras. Sólo los argentinos le entregamos nuestra casa a los extranjeros. Andá a Norteamérica, a Europa a ver cómo te tratan. Nosotros le abrimos las escuelas, los atendemos en los hospitales, les damos trabajo.

Tiresias: No te hagas el nacionalista, que a la Argentina vos bien que la usaste. Como a mí.

Edipo: Hasta los uruguayos...

Tiresias: Ah, no. No te metás con los uruguayos que la Natalia Oreiro es uruguaya. Vos que te hacés el patriota, mirá.

Tiresias se levanta el vestido y muestra su cuerpo tatuado. Son nombres: Edipo los deletrea.

Edipo: Ezequi-el, Emanu-el, Jesús, David, Belén, Ce-leste... ¿Qué es, La Biblia?

Tiresias: No seas cínico. ¡A la Argentina no la piso más! Lo juré el mismo día que estos hermanitos murieron quemados en el incendio del banco abandonado, en la Boca. ¿Te acordás? ¿Sabés qué dijeron? Que las familias estaban viviendo en forma ilegal. ¿Y qué quieren?, ¿que se tiren al Riachuelo como hacen los africanos?

No lo dicen pero eso es lo que quieren. Desde ese día para mí la Argentina se murió. ¿Querés un oráculo?

Edipo: Sí, sí.

Tiresias: Ahí lo tenés: ¡Seis criaturas carbonizadas en el Banco de la Nación Argentina! Flor de oráculo. Descifralo.

Edipo va hacia la mesa, bebe cerveza.

Edipo: Rencorosa, simétrica, retorcida.

Tiresias: Cuando el hombre vivía su edad de oro, los dioses hablaban por lo más bello. Pero ahora profetizan por los ciegos, maldicen por los paralíticos e iluminan por las traviesas.

Edipo: Yo soy el Macho.

Tiresias: Eras. E-ras. Ahora padecés la enfermedad del siglo: la melancolía. ¿Hablaste a arriba?

Edipo: No atienden.

Tiresias: ¿Y a Investigaciones?

Edipo: Salta el contestador.

Tiresias: Llamá a Puerto Madero, a Nordelta, a los financistas. ¿No tenés el teléfono de Wall Street? (*Ríe.*)

Edipo: Nadie me atiende.

Tiresias: ¿Nadie te atiende? Ahí tenés el segundo oráculo.

Pausa.

Tiresias: Perdiste el sentido trágico, Edipo. Todo se eleva y todo cae. No es nada personal. Sucede.

Edipo quiere retener a Tiresias entre sus brazos.

Edipo: Vos tenés el don de conocer el futuro, entendés el lenguaje de los pájaros, ves más allá de las cosas.

Tiresias: Es una maldición. Te regalo el don con moño y todo. ¿Sabés lo que es leer el día como si fuera un libro? ¿Escuchar el día como si fuera una sola conversación? Te vuelve loca.

Edipo: Un oráculo..., que nos saque de este derrumbe.

Tiresias: No seas angurriente. Te dí dos. A los oráculos los tenemos enfrente todo el tiempo y no los queremos ver. Perdiste la conducción, Edipo. Y el mundo le tiene horror al vacío. Tercer y último oráculo. Bonus track.

Se desprende con dificultad del abrazo de Edipo y va hacia la puerta.

Tiresias: "Yo te saludo, bandera de mi patria,
sublime enseña de libertad y honor,
jurando amarte, como así defenderte,
mientras palpita mi fiel corazón."

Edipo, caído, ya no escucha.

LA ESFINGE

Abeja: Enorme Toro, hoy una bolsa de mierda. Hijo de Layo, el maligno, el yarárá, el violador de púberes y fiestero de travestis pobres...

Antígona: Abeja...

Abeja: Heredó de su padre el gusto por la carne equívoca y el hermafroditismo de las flores...

Antígona: Abeja...

El Abeja suelta a Edipo que cae estrepitosamente al suelo.

Abeja: Andate.

Antígona: ¿Tengo peste yo?

Abeja: Rajá de acá.

Antígona: Pero con las chaboncitas esas bien que vas a bailar. Y ellas me mandan fotos de la previa para bardearme.

Ambos se dan un beso largo y silencioso. Luego, El Abeja la rechaza.

Antígona: ¿Por qué no querés transar conmigo?

Abeja: Ya te expliqué: tu viejo me mata. Me lo dijo clarito.

Antígona: Es mi papá, no es mi dueño.

Abeja: No me importa. Andate.

Antígona: ¿Viste la foto de mi cola que hice en Instagram? ¿No te gusto?

Abeja: Me gusta tu culo. Pero no puede ser.

Antígona: Transamos una vez nada más.

Abeja: ¿Vos te creés eso?

Antígona: No.

Abeja: Bueno, entonces andate.

Antígona: Cagón.

Abeja: Seré.

Antígona: Sos un Tincho de mierda. Marica.

El Abeja se acerca a Edipo desplomado, lo va levantando y lo acomoda en la silla.

Antígona: Le saco una foto y escribo: "No sé qué se cree, Pendejo del orto, Negro cabeza". Se me fue largo, borro una frase. "Pendejo del orto. Negro cabeza". (*Grito de alegría.*) Me están aumentando los seguidores. Ojalá me lleguen a 10.000... La tragedia garpa. A la gente le gusta el morbo.

Abeja: Oscurece. Uno por uno se encienden los infinitos soles sobre el Oeste. Edipo vuelve del trabajo, carga su bolso: maza, cortafierro y plomada. Al ritmo de su renguera parece que las estrellas le guiñaran el ojo...

Antígona: Abejín, una birra nada más. Estoy aburrida.

Abeja: Andá a ver la tele...

Antígona: Nos conocemos de chicos. Dale, transemos. Nadie se va a dar cuenta. Yo le digo a mi viejo que somos amigos.

Abeja: No rompás las pelotas. Rajá...

Antígona entra en la casa mientras le suelta: "cagón".

Abeja: Edipo vuelve de trabajar y en la entrada de Tebas..., la asquerosa Esfinge. Morocho, no se puede pasar/ Edipo piensa: el mundo se ha vuelto raro/ Vengo otro día, señora./ No tendrás otro día/ ¿Por qué?/ Todos los que entran me tienen que responder una preguntita. Y si no responden, yo me los fornico.

Edipo se ha cogido mujeres feas. ¿Quién no? Pero esta es una monstruosidad: cuerpo de león, alas de ave carroñera.

La Esfinge se despliega en cortejo y, romántica, baja sus párpados como si escuchara "Con ese palpitar que tiene tu mirar/ Yo puedo presentir que tu debes sufrir.."/ Está preciosa, Señora/ Conmigo no te hagas el Ulises. Mi hija querida, La Medusa, sí que era linda con su cabellera de serpientes. Salió a su padre, Tifón. Vení, dame un beso ya o te chupo como una lampalagüa. Y de lengua.

Edipo hace de tripas corazón y la besa. Mmm... Has sufrido mucho, renguito. Se nota por la forma en que besás. Para vos morir será un alivio/ No quiero morir.

La Esfinge suelta una carcajada. De su boca escapa un plasma liviano y esponjoso./ Así como me ves de fresca y desentendida tengo obligaciones de monstruo. Te clavo un oráculo, lo resolvés y entrás. No lo descifrás y te morfo.

"En de to áinigma: Ti estín ho mían econ fonen tetrapun cai..."

No entiendo, señora./ Tenés razón. ¿Qué mestizo va a entender la lengua que parió la filosofía? Va en criollo: "¿Qué ser provisto de voz es de cuatro patas, de dos y de tres?"

Y Edipo al toque le suelta: "El hombre. Cuando es bebé, gatea; de grande camina erguido sobre sus dos pies; y de viejo se apoya en su bastón. El hombre".

La Esfinge lanza un grito de terror. Edipo saca de su bolso la maza y el cortafierro y se lo hunde en el cráneo. De su antigua deformidad explotan, como un huracán escondido, todos los mitos. A partir de este rengo desdichado nace la filosofía que puso de pie a Occidente.

Edipo gana la inmortalidad de la fama. Un puro hijo de la tierra vence a la monstruo y entra en Tebas. La gente festeja con evohés y aplausos. Tiros al aire, cumbia, chamamé. Fiesta obrera y popular. Nadie lo ve cojo, un vulgar rengo, un mestizo como todos. Edipo campaneaba Tebas y sabe que es un enigma a descifrar, como el de la Esfinge o peor. Paso a paso se invagina entre las casillas y sabe que abrió la puerta de las cosas. Lee el laberinto de casillas como si fuera una caligrafía clara y nítida. Paladea su victoria. Ni él ni nadie sabe, que al final del camino, entre sábanas tibias, lo está esperando su madre. Edipo ya es tyranno.

Yocasta, la viuda, y Edipo se casan. Dios bendice ese hogar con dos niños y dos niñas.

Edipo duerme con la boca abierta. El Abeja lo abraza, lo acaricia con ternura y se va. Vuelve

sobre sus pasos y lo vuelve a abrazar mientras llora desconsoladamente.

Antígona: "Momento romántico de mis viejos. Bajón." Busquen en mi hashtag. ¿Quieren escuchar la conversación de un matrimonio entre una madre y su hijo? ¿Hago un cortito en Instagram y los dejo con las ganas? Si no contás nada íntimo, nadie te sigue.

ESPOSA Y MADRE

Yocasta viene de la calle, incorpora en la silla a Edipo que está a punto de caerse. Se sienta a su lado, le saca los ojotas, la venda de un tobillo y le limpia con dulzura la herida del pie.

Yocasta: Pistulín de colibrí, cagadito de inocencia, corderito ciego buscador de teta.

Edipo: Mamá...

Ella besa sus pies. Antígona se fastidia y sale al pasillo. Edipo abre con torpeza su blusa.

Yocasta: Estoy seca.

Edipo: Hablame, necesito escuchar tu voz.

Yocasta: ¿Qué querés que diga?

Edipo: Contame una historia.

Yocasta: Había una vez... ¡Un bichito!... chiquitito, chiquitito... que salió de su huevo con mucho miedo porque sabía que iba a vivir sólo un día.

Edipo: ¡Pobrecito!

Yocasta: Para darse ánimo se dijo: moriré y naceré, moriré y naceré y seré el mismo por los siglos de los siglos. Y se le fue el miedo. Y así fue feliz las veinticuatro horas que le tocó vivir. Y colorín, colorado...

Edipo: No, no. Quiero más, dame más...

Yocasta: ...Ese bicho... ¡era un mosquito! Al mediodía de su único día de vida voló hasta un puerto de África y aterrizó en la proa de un barco. Dentro de su cuerpecito microscópico ya cargaba un virus. No es maldad. Así son las cosas. Muerto y vuelto a nacer cada día, cruzó el mar, escondido en un container. Su virus invisible pasó de huevo a larva, de huevo a larva y así viajó dentro del infinito mosquito, muerto y resucitado muchas veces.

Edipo: Morir y volver a nacer. Corregir la vida...

Yocasta: Toda gloria y toda desgracia lleva su tiempo. Anduvo el mosquito vagabundo de aquí para allá hasta llegar... ¡a Tebas! Al fin encuentra un hogar. La urgencia por vivir lo empuja de un charco a una llanta con agua, y luego a una maceta y luego a unos botellas tiradas. Vos sabés, los pobres viven en la roña.

Edipo: *La gente lo echaba
Al pobre mosquito
Y él su puñalcito
Llorando afilaba.*

Yocasta: Un mediodía de sol el infinito mosquito pica a un niño pero no puede esquivar el cachetazo que lo mata.

Edipo: ¡Paf! Te agarré.

*Sin hacer ruido
A las casas entraba
Y con su puñalcito
Nos apuñalaba.*

Yocasta: Pero la comunión ya estaba hecha: PESTE. Mientras tomábamos birra y contábamos billetes arrugados, las cosas se hacen solas: PESTE. Miles de muertos y un cerco sanitario que nos ahorca. La yuta con su *smoking* azul no conoce a nadie y a Creón se lo lleva el patrullero. Las ramas de olivo ya no arden. Sirven para coronar al que viene después de vos.

Edipo: Nadie se anima a desafiarme. Mis mayores crearon Occidente.

Yocasta: Yo y tus hijos nos salvaremos, pero vos, Edipo...

Edipo: ¿Me derrumba un mosquito?

Yocasta: Estás viejo.

Edipo: Menos que vos.

Yocasta: Por supuesto. Soy tu madre.

Yocasta y Edipo se abrazan con fuerza.

Yocasta: La culpa es nuestra. Una madre y un hijo no tienen sexo ni hijos. Eso es miasma.

Edipo: Pavadas. ¿Cuántos papás se comen a sus hijas y el mundo sigue andando? "Sí, es mi mamá pero igual yo me acuesto con ella". ¿Eso dije?

Yocasta: No. Pero había señales...

Edipo: ¿Lo pensabas?

Yocasta: Una mujer presente cosas.

Edipo: ¿Sabés cómo se llama eso?

Yocasta: Incesto.

Edipo: No, mala suerte. Aunque tarde, recuperaré en nuestra cama las caricias que me robaron. ¿Éramos de la misma sangre? Eso es información, sólo ruido de palabras. Ser es tener recuerdos, sensaciones, colores. Recordar el hambre caníbal, mi voracidad de eucaristía palpitante. ¿Qué podía yo, apenas un bebé de días, recordar de todo eso? Nada. Saber es como leer un libro, nada más. Ser madre es vivir el mar de los días, nadar entre berridos, ver cómo nacen mis dientitos. ¿Qué tenías vos de todo eso? Nada. ¿A qué te aferrabas para decir `este es mi hijo´? ¡El mundo de los sentidos contra el sentido de las palabras! ¿Cuándo las palabras han ganado esa batalla? Aunque dijeras que yo podía ser tu hijo, nunca fuiste madre para mí. Vencí la Esfinge, era el rey. El Toro de tu fecundidad. ¿Maté a mi padre? No lo deseé, ni lo busqué. Simplemente me defendí. No te atormentes, Yocasta. Llamamos destino a una piedra arrojada al aire por no sé quién.

Yocasta: Ante algo hay que inclinarse, Edipo.

Edipo: ¡Yo no me inclino ante nadie!

Yocasta: La peste es el castigo.

Edipo: Sólo existe un pecado imperdonable: ser pobre.

Yocasta: Huyamos. Te lo pedí varias veces.

Edipo: No. ¿Adónde? Tebas es mi patria. La peste es un mal momento, nada más. Nadie me saca de acá. Los punteros me besan la mano, la yuta pasa y cobra. Me protegen los dioses de Puerto Madero, de Nordelta. La bicicleta financiera extienden su mano de polvo blanco para que no me moje la lluvia. Como al Buda.

Yocasta entra corriendo a la casa.

Edipo: ¿Qué pasa? Vení.

Por la puerta de entrada aparece Créon. Edipo se levanta enérgico y contento, le extiende sus brazos.

Edipo: Créon, amigo, hermano. ¡Que lindo verte! Yocasta, llegó tu hermano. Sabía que no se iban a animar, que te iban a largar. Acá en casa estaban asustados pero yo les dije: Créon es Edipo. No lo van a tocar. Qué saben estos piojos lo que es haber sido nadie y llegar a ser lo que soy ahora. A mí me pueden tirar el mundo encima que yo me lo cargo. Enfrenté monstruos de verdad, no los monstruos de Disney hechos por computadoras. Mis mayores inventaron Occidente, lo sintieron en sus manos desde que era semilla. Tantas veces estuvimos al borde del precipicio... Masacres habidas y por haber, banderas ensangrentadas por desgraciados siempre jóvenes, amenazas, desesperación. Pero todavía tenemos la pistola martillada en el puño. Somos el futuro. No nos

va a doblar una peste. Tebas vivió muchas pestes y todavía goza de buena salud. Vos y yo juntos, seremos invencibles. Seremos uno, contra todos si es necesario.

Te quiero al lado mío. ¿Te tocaron, te hicieron algo? Esta realidad blanda y adormecida de la peste me mostró que tenemos que trabajar juntos. Somos familia, qué joder. Vení, dame un abrazo. Un fuerte abrazo que muestre a todos que Tebas jamás estuvo tan fuerte y tan unida. ¡Juntos venceremos la Esfinge de la peste!

Creón: Estás afuera, Edipo.

Edipo: No te entiendo.

Creón: Afuera. A-fue-ra. ¿Cómo querés que te lo diga? Afuera de todo: del negocio, de Tebas, de esta casa.

Edipo: Me mintieron. Nunca te llevó el patrullero.

Creón: Sí, me llevó. Pero para arreglar.

Edipo: No me podés hacer eso. Mi propia familia me traiciona.

Creón: ¡Qué poco sabés de la vida! Durante la cuarentena no hiciste nada. Sólo drogarte y emborracharte. Mirá alrededor, no hay nadie.

Edipo: Es la peste. Si la cana quiere más, le damos más.

Creón: Ya negociamos sin vos. Y también con las otras bandas.

Edipo: ¿Ahora hablás quechua? Defendé al país, cipayo.

Creón: Cantame el himno que me pongo a llorar. No te hagás el nacionalista.

Edipo: ¡Yo vencí a la Esfinge... yo! Nadie me saca de Tebas.

Creón: Le pedí a la Tiresias que te convenciera pero tampoco la escuchaste.

Edipo: Lo que arreglaste no lo van a cumplir. En seis meses nos liquidan a todos.

Creón: Pero ganamos tiempo.

Edipo: ¡Abeja! ¿Dónde está el pibe?

Creón: Se fue.

Edipo: ¡Pendejo traidor! ¡Abeja miserable traidor, desagradecido! Me lo tiraron en la puerta como un perrito y yo lo crié como un hijo. Y mirá cómo me paga.

Creón: Estás ciego. No ves la realidad. Lo amenazaron para que te mate y él no lo quiso hacer; antes prefirió irse de Tebas.

Edipo: Y vos, Yocasta, que decías que me querías. ¡Salí, da la cara!

Yocasta: ¡Sí, soy la loca, la mal parida! Pero cuando todo se derrumba alguien tiene que hacer algo. Las mujeres te ciegan, Edipo. Son tu talón de Aquiles. Estás buscando el origen: La Medusa, la Tiresias, tu hija, yo, todas mujeres. Pero el mundo real está afuera.

Edipo: ¡Vos me cegaste, vos me cegaste! Sos mi esposa, mi madre y me traicionás.

Yocasta: Alguien tiene que sacrificarse para que nos salvemos todos. Es la ley de la manada.

Creón: Todos te quieren muerto. Es la prueba del arreglo.

Edipo: Yocasta: Hacé lo que tenés que hacer.

Yocasta: No puedo matarte dos veces.

Yocasta entra en la casa y Edipo pretende seguirla.

Creón: Te movés y te quemo.

Edipo: Te doy toda la plata que tengo.

Creón: Sos el pasado, Edipo. Definitivamente.

Edipo: Me quiero despedir de Yocasta.

Creón: No.

Edipo: No le voy a hacer nada. No le voy a hacer lo que ellos me hicieron a mí.

Edipo entra. Grito desgarrador.

Edipo: ¿Madre, por qué me abandonaste?

Antígona: Creón entra corriendo a la casa. Yo también. (*Grito desgarrador de Edipo.*) Espanto y dolor. Saco fotos pero salen oscuras. En una, apenas se ven los pies de mamá colgando en el vacío. Las subo sin texto. Papá sale, de sus ojos mana sangre. Tantea las paredes, tropieza en su nuevo mundo sin luz. Creón sale de casa y martilla la pistola frente a él. "Por favor tío, no". Yo me paro entre los dos.

Creón: Hacerlo de una buena vez.

Antígona: No, tío, no.

Creón: No te mato por el amor que le tengo a mi sobrina.

Edipo: No quiero vivir más. Me aplastó el mundo.

Antígona: El mundo nos aplasta a todos. Pero siempre se puede seguir.

Edipo: No quiero seguir más.

Antígona: No estás solo, yo te voy a cuidar.

Edipo: Yo fui El Toro, el Macho...

Antígona: No importan tus glorias pasadas, papá. Importás vos.

Edipo: ¿Escuchás los gritos? ¡Qué festín se van a hacer! Me van a pasear por todos los canales, me van a comer de a pedacitos. ¿Dónde están los que me festejaban, los que halagaban, los que me aplaudían, los que me decían a todo que sí?

Antígona: Como sea, tenés que vivir.

Edipo: ¿Para qué?

Antígona: Si no querés vivir por vos, viví por mí. ¿O no valgo lo suficiente para vos? Yo te quiero y te necesito.

Creón: ¡Basta de telenovela! ¡Fuera de Tebas!

Edipo se incorpora, y sostenido apenas por Antígona, se hunde en el corazón de las tinieblas.

Antígona: Tenemos que vivir, papá.
A toda costa, a pesar de todo.
No podemos entregarnos.

¿Me escuchás?
No podemos entregarnos.
¿Me escuchás?

Creón los mira alejarse mientras habla por el celular.

Creón: Todo en orden. Todo en su lugar. Empezá algo nuevo y ahora el que manda soy yo.

Caído en el suelo, en el celular de Antígona suena una avalancha interminable de notificaciones.

FIN

"Jorge Horacio Huertas, vecino de Vicente López, lector desmesurado, buscador del fenómeno teatral en sus textos, escritor de sueños, de locuras, de dramas épicos; analista social, psicólogo, dramaturgo, padre y amigo.

¿Cuántas historias tiene una persona en su imaginario? ¿Cuántas obras de teatro puede condensar un escritor en su vida?"

Roberto Aguirre

"La traición, la venganza, la justicia; las frágiles formas de nuestras pasiones, la inquietante moral que nos abraza, la sensible forma del alma humana encuentra en la dramaturgia de Huertas un cuenco piadoso donde descansar sus tormentas. El barro húmedo y amable que calentó los huesos de nuestros antepasados sigue aquí, sanando en forma de teatro.

Construye voces como personajes y los echa a andar."

María Negro

 **COLECCIÓN**
Dramaturgias


FACULTAD
DE ARTE



UNICEN
Universidad Nacional del Centro
de la Provincia de Buenos Aires

Director: Mauricio Kartun

Coordinadora: Teresita María Victoria Fuentes